

REINO DE CORDELIA

Tinta, Tierra y Tradición

Ramón María del Valle-Inclán y el Carlismo



Valle-Inclán en el salón de su casa. Sobre el mueble, el retrato dedicado de don Jaime.
La Acción, 31 de julio de 1916.

Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2021

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es


  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable



Esta obra ha sido realizada en colaboración con la Fundación Ignacio Larramendi, dentro de los actos de celebración del centenario de Ignacio Larramendi

© Fundación Ignacio Larramendi

C/ Alenza, 4

28003 Madrid

© Alfredo Comesaña, 2021

Coordinación: © Luis Hernando de Larramendi, 2021

Prólogo: © Luis Alberto de Cuenca, 2021

Elaboración de textos: Patricia Juez y Olga Pardo

Recopilación de citas: Marta Monedero

Ilustración de cubierta: Pintura Ricardo Bernardo López para la cubierta de un ejemplar de la primera edición de *Los cuernos de don Friolera*.

IBIC:BG

ISBN: 978-84-18141-63-8

Depósito legal: M-21347-2021

Maquetación: Jaime Mateo-Sagasta

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Tinta, Tierra y Tradición

Ramón María del Valle-Inclán y el Carlismo

Alfredo Comesaña

Introducción de Luis Hernando de Larramendi

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca



Índice

<i>Introducción</i>	15
<i>Valle-Inclán, carlista de principio a fin</i>	23
PARTE PRIMERA:	
TINTA, TIERRA Y TRADICIÓN.	
RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN Y EL CARLISMO	27
I. La semántica del carlismo valleinclaniano	33
TIERRA	39
II. Alba de revolución	41
III. Tierra, sal e hidalgos. Salnés (1866-1884)	51
IV. Piedra, lluvia, tradición. Brumosa (1885-1889)	65
V. En la nación de bronce. México (1891-1895)	85
TINTA	91
VI. Del ¡Viva la bagatela! al ¡Adiós a la bagatela! (1895-1907)	93

TRADICIÓN	139
VII. En las banderas del Rey (1908-1909)	141
VIII. Aedo del carlismo (1910-1913)	183
IX. El Rubicón de la guerra (1914-1916)	245
X. Viviendo el presente mirando al pasado para afrontar el futuro. El Casal de la Merced (1917-1921)	279
XI. Tinta heterodoxa en tintero tradicional (1922-1936)	307
<i>Epílogo</i>	369
<i>Glosario</i>	383

PARTE SEGUNDA

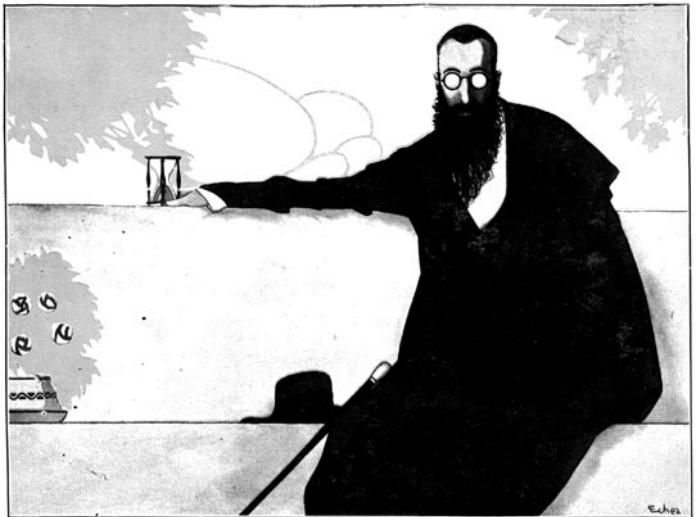
REFERENCIAS AL CARLISMO Y AL MARQUÉS DE BRADOMÍN EN LA OBRA DE VALLE-INCLÁN

	387
Introducción	389
OBRA COMPLETA I: Prosa	391
1. Femeninas	391
1.1. Rosarito (1895)	392
2. Jardín Umbrío	394
2.1. El miedo (1903)	394
2.2. Beatriz (1903)	396
2.3. Un cabecilla (1903)	397
2.4. El rey de la máscara (1903)	400
2.5. Del misterio (1903)	401
2.6. La media noche (1903)	403
2.7. Mi bisabuelo (1903)	404
3. Sonatas: Memorias del Marqués de Bradomín (1902-1905)	406
3.1. Sonata de Primavera: Memorias del Marqués de Bradomín (1904)	407
3.2. Sonata de Estío: Memorias del Marqués de Bradomín (1903)	422
3.3. Sonata de Otoño: Memorias del Marqués de Bradomín (1902)	433

3.4. Sonata de Invierno: Memorias del Marqués de Bradomín (1905)	441
4. Flor de Santidad (1904)	494
5. La guerra carlista I: Los cruzados de la Causa (1908)	496
6. La guerra carlista II: El resplandor de la hoguera (1909)	526
7. La guerra carlista III: Gerifaltes de antaño (1909)	565
8. Tirano Banderas; novela de tierra caliente (1926)	606
9. El ruedo ibérico (1927-1932)	608
9.1. El ruedo ibérico I: La corte de los milagros (1927)	610
9.2. El ruedo ibérico II: Viva mi dueño (1928)	624
9.3. El ruedo ibérico III: Baza de espadas (1932)	651
OBRA COMPLETA II: Teatro, Poesía, Varia	667
10. El Marqués de Bradomín; coloquios románticos (1907)	667
11. Voces de gesta, Tragedia pastoril (1911-1912)	695
12. Comedias Bárbaras I-II (1923, 1907)	734
12.1. Cara de Plata; Comedias Bárbaras I (1923)	734
12.2. Águila de Blasón; Comedias Bárbaras II (1907)	737
13. Luces de Bohemia; esperpento (1920)	741
14. Claves Líricas (1930)	748
15. Varia: Prosa (1901-1935)	749
15.1. ¿Cuento de amor? (1901)	749
15.2. Hierba santa (1901)	750
15.3. Juventud militante (autobiografías) (1903)	752
15.4. Una tertulia de antaño (1909)	753
15.5. La Corte de Estella (1910)	766
15.6. Fue Satanás (1920)	777
15.7. Fin de un revolucionario; Aleluyas de la Gloriosa (1928)	779
15.8. Correo diplomático (1933)	782
15.9. Epitalamios napolitanos: «En enero, Juan Tercero» (1935)	784

15.10. Un libro sugeridor (1935)	787
15.11. Paúl Angulo y los asesinos del general Prim (1935)	789
15.12. El trueno dorado (1936)	791
16. Varia: Teatro	793
16.1. ¿Para cuándo son las reclamaciones diplomáticas? (1922)	793
VALLE-INCLÁN INÉDITO	795
17. Textos inéditos	795
17.1. Sevilla	795
17.2. La muerte bailando	803
17.3. Bradomín expone un juicio pesimista y paradójico de España	806
17.4. La Marquesa Carolina y Bradomín	809
Epistolario	812
<i>Bibliografía</i>	817
ÍNDICE ONOMÁSTICO	831

Solo buscando la suprema inmovilidad de las cosas
puede leerse en ellas el enigma bello de su eternidad.¹



Echea, *La Esfera*, 3 de abril de 1915.

¹ Ramón del Valle-Inclán, *La lámpara maravillosa. Ejercicios espirituales de don Ramón del Valle-Inclán*, Opera Omnia, Vol. 1, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1916, pág. 171.

Introducción

MUCHO SE HA ESCRITO sobre Valle-Inclán, y más todavía sobre el marqués de Bradomín, su *alter ego*, y no poco, aunque quizá no tanto, sobre el carlismo y Valle-Inclán.

Sobre todo ello es sobre lo que versa esta obra, que no va a aportar descubrimientos sensacionales sobre ninguno de esos aspectos, pero sí va a reunir por primera vez, en una relación que se pretende exhaustiva, todos los reflejos carlistas existentes en la obra de Valle, así como los ecos de Bradomín, junto con una biografía que profundiza en lo que hubo significar en la vida de Don Ramón María el sentimiento tradicional y el movimiento político que, bajo una misma figura, es el más antiguo de Europa, el carlismo.

El origen de esta obra ha sido, como tantas cosas ocurren en la vida, fruto del azar y de la casualidad. Mi amistad con Rafael Fontoira, prestigioso arquitecto pontevedrés, conocedor como nadie del románico gallego, y de familia amiga de la de Valle-Inclán, que me llevó un día a compartir una larga tarde de evocaciones carlistas con Carlos del Valle-Inclán, marqués de Bradomín, a comienzos de este siglo XXI, cuando se cumplían cien años de la primera aparición pública, en letra impresa, del Marqués que dio origen a su título.

Ello me llevó a recordar las referencias que en ocasiones mi padre me hacía a la vinculación que mantuvieron su padre, mi abuelo, don Luis Hernando de Larramendi Ruiz, con don Ramón María del Valle-Inclán en las primeras decenas del siglo XX, vinculadas

a su común pertenencia al mundo del tradicionalismo carlista, que son, desde luego más amplias de las escuetas que se recogen en las dos más recientes biografías publicadas de don Ramón, la debida a la pluma de Manuel Alberca, *La espada y la palabra: Vida de Valle-Inclán*¹, y la surgida de la mano de su nieto Joaquín, *Ramón del Valle-Inclán: genial, antiguo y moderno*².

Pasados unos años de aquella visita al marqués de Bradomín preparé un artículo breve recordando aquella conversación, publicado en el número uno de 2007 de la revista *Aportes (En conversación con el Marqués de Bradomín)*, <http://www.larramendi.es/bib/FIL20210003509> y tras haberlo hecho me pareció que sería un proyecto que se incardinaba ya perfectamente en los objetivos de la Fundación Ignacio Larramendi, el realizar un estudio más amplio, que sin pretender sentar cátedra en relación con los temas tratados, Valle-Inclán, el carlismo y Bradomín, hiciera una suerte de florilegio de escenas carlistas en los libros de Valle-Inclán, siguiera la guadianesca figura del marqués de Bradomín por sus escritos, resultara omnicomprendiva y acercara ello al lector de hoy de manera muy accesible.

Y estas líneas, que son este trabajo que intenté llevar a cabo en solitario en los ratos libres, que no eran muchos, de una intensa dedicación a la propiedad industrial e intelectual me dejaba, hurtando tiempo a mi familia, a quien agradezco desde estas líneas el que sin protesta me dejaran encerrarme mañanas y tardes de días de asueto para dedicarlas a esta y otras muchas ocupaciones no estrictamente necesarias... ¿o acaso las más necesarias?

Pero pronto me di cuenta de que ese empeño, solo con mi empuje, resultaría estéril, así que desde la Fundación Ignacio Larramendi se obtuvo la participación de Marta Monedero, licenciada en Historia, que hizo, en no pocos meses, un trabajo extraordinario, leyendo las obras completas de la edición entonces disponible de Espasa-Calpe³ además de algunos otros textos⁴, extractando en todas y cada una de sus obras las alusiones que, directas o indirectas, se contenían al carlismo y a Bradomín.

¹ Alberca, Manuel, *La espada y la palabra: Vida de Valle-Inclán*, Tusquets Ediciones, 2015.

² Valle-Inclán, Joaquín del, *Ramón del Valle-Inclán: genial, antiguo y moderno*. Espasa-Calpe, 2015.

³ Valle-Inclán, Ramón del (1866-1936), *Obra completa*, Madrid, Espasa Calpe, 2002. 2 V.

⁴ Valle-Inclán inédito: *Sevilla, La muerte bailando, Bradomín expone un juicio, La marquesa Carolina y Bradomín, Epistolario*, edición de Joaquín del Valle-Inclán; prólogo de Manuel Alberca, Madrid, ed. Espasa Calpe; 2008

Aquello fue un importante empujón para el proyecto, pero, aun así, necesitaba de mayor contenido y extensión para que fueran, como era y es la intención, la obra definitiva sobre lo que el carlismo supuso en la obra de don Ramón María. Y surgió la figura de Alfredo Comesaña, historiador vigués, que había obtenido el galardón en la XIV Edición del Premio Internacional de Historia del Carlismo «Luis Hernando de Larramendi» por su importante obra *Hijos del trueno. La Tercera Guerra Carlista en Galicia y Norte de Portugal*⁵. Después de la edición de esa obra, se planteó al Dr. Alfredo Comesaña, profesor de Historia de la UNED y funcionario del cuerpo de profesores de enseñanza secundaria, el reto de generar una biografía de Valle-Inclán que, siguiendo su vida y su obra, hiciera énfasis en aquellos aspectos que tenían relación con el tradicionalismo y el carlismo, lo que ha realizado de una manera excelente, ahondando en la descripción de ese mundo rural gallego en que pasó su infancia don Ramón María, y siguiéndole hasta los últimos momentos, acompañando todo ello de un glosario de aquellos términos relativos a instituciones del antiguo régimen, sobre las que Valle-Inclán se pronuncia a menudo, y que no son fácilmente entendibles por el lector actual, no especialista en temas jurídicos. Esa biografía forma parte de este libro y le da nombre: *Tinta, Tierra y Tradición*.

Simultáneamente, había otro trabajo en curso, para labrar la importante obra de recopilación que había hecho Marta Monedero, y generar una elaboración posterior de la misma, de tal manera que en cada obra de Valle-Inclán figurarán cinco apartados, a saber: a) la transcripción del primer párrafo de cada obra, b) la descripción de la misma con la referencia a los datos de publicación de la primera edición y de donde se ubica, así como un comentario de lo más reseñable de la misma, c) la explicitación del argumento que incluye además un contexto histórico de la obra y su relación con la temática carlista, para facilitar la comprensión de aquellos lectores que no estén familiarizados con ese período de la historia y contextualizar en el tiempo y el espacio —en la medida de lo posible— las frases que hacen alusión a ese período histórico, d) la enumeración de los personajes ficticios e históricos que aparecen, con una pequeña biografía de estos últimos y de su relación con el carlismo y e) la inclusión de las alusiones, párrafos y frases de la recopi-

⁵ Comesaña Paz, Alfredo, *Hijos del trueno: la Tercera Guerra Carlista en Galicia y el Norte de Portugal*, Schedas, [2016]

lación junto con una serie de notas a pie de página en aquellas ocasiones en las que hay necesidad de saber si el personaje en cuestión es histórico, y el por qué se le nombra, o identificar un acontecimiento histórico y lo que en él tuvo lugar.

Todo ese engranaje ha sido realizado conjuntamente por Olga Pardo y Patricia Juez, licenciadas en Historia y Arqueología, en un extenuante y minucioso trabajo que añade un valor extraordinario a la obra, motivo por el que creo que puede decirse sin rubor que es un compendio explicado y contextualizado del carlismo que circula por toda la obra de don Ramón María, tanto en alusiones directas como en las relativas a los personajes que los representan, como el marqués de Bradomín, porque, además, han realizado un índice onomástico, que permite ver el recorrido zigzagueante que los personajes de Valle-Inclán transitan a lo largo de todos los años de creación y de todas las obras creadas.

LO QUE YO OPINO

DESPUÉS DE IMPULSAR y coordinar todo ese magnífico trabajo no puedo resistirme a dar en estas líneas mi opinión sobre la personalidad de Valle y su carlismo.

Se ha utilizado siempre de manera encomiástica la frase un *hombre de una pieza*, para referirse a personalidades cabales, sin doblez, cuya trayectoria es predecible por su íntimo respeto a unas convicciones asumidas como propias que le marcan el camino. Y yo, que he conocido a uno de esos hombres de una pieza, mi padre, Ignacio Hernando de Larramendi y Montiano, me sumo a la opinión de aquellos que consideran que esos hombres son merecedores del máximo respeto, merecedores de admiración, compártase o no el ideal que marcó su itinerario vital.

Por eso, precisamente, en este año de 2021 en que se cumple el centenario del nacimiento de mi padre, me resulta especialmente grato poder honrar la ocasión con la publicación de este libro que, sin duda, le llenaría de satisfacción, ya que en alguna medida es también un testimonio de la trayectoria de su padre, aquel que tuvo relación con don Ramón María del Valle-Inclán, y a quien él dedicó la Fundación al instituir la misma, Luis Hernando de Larramendi y Ruiz.

Pero volvamos a don Ramón María, porque debo decir que lo que me resulta difícil de creer es que esa pieza única con que algunos hombres grandes se muestran al exterior no

sea el resultado de un rompecabezas interior, que no solo agrupa piezas diferentes para formar un conjunto, sino que literalmente *rompe cabezas* en aquellos aspectos o inclinaciones que podrían descollar por sí solos y romper la unidad del conjunto. Es decir, que todos los que compartimos la honrosa y dura condición de hombres, albergamos más de un único yo en nuestro interior, y que el que afloren esos *otros yo*, depende de muchos factores, no el menor la determinación por primar o no un determinado aspecto.

Y, además, esos *otros yo* que viven en el interior de cada hombre, crecen o menguan con la edad, no siempre en proporción directa a los años, pues los hay que decrecen con el paso del tiempo, mientras que otros se afianzan y ganan envergadura.

Y de ahí que, a lo largo de la vida, nos ofrezcamos al exterior, la mayor parte de los hombres, no como piezas acabadas de un retrato, sino como una pintura que continuamente se rehace y se retoca conservando solo el tema central, la condición de hombre protagonista de la obra.

Y así, yo creo, que ha ocurrido en esa personalidad diamantina —por lo brillante y por lo multifacetada— de Valle-Inclán, donde han relucido públicamente, a través de su vida, y a través de sus obras, caras diferentes, y todas ellas preciosas, de su personalidad más honda, donde su afición épica por las gestas heroicas e históricas es el sustento de su visión tradicionalista del mundo; donde por el carlismo quiere traer de nuevo las grandes virtudes e instituciones que hicieron grande a España; donde la realidad propia del carácter español le hace oponerse siempre a quienes están en el poder, presentándose como carlista, revolucionario o antiliberal, o reivindicando el legitimismo cuando la II República; donde la atracción de un mundo aristocrático, del que le hubiera gustado formar parte, le hace ser a la vez el Bradomín refinado y el Montenegro feudal; y donde todo ello no le impide dejar de tener en cuenta las prosaicas realidades de la vida, *el pane lucrando*, el tener que ocuparse de familia y de hacienda.

Y si en todos los hombres se da esa multiplicidad de personajes dentro de un mismo ser, a Valle-Inclán, escritor, su pluma le permite jugar a ser todos ellos, mezclando ficción y realidad, tuteándose con el marqués de Bradomín, de quien se ve que es su otro yo, pero de quien dice que es sobrino, recreándose en las resonancias épicas y legendarias de las guerras carlistas, y expresando su desdén por las mezquindades del mundo en el que vive, que no le hurta estrecheces económicas, a través del decadentismo del marqués, que le eleva por encima de esas pequeñeces.

Y todo ello envuelto en ese halo seductor del más arquetípico de los personajes españoles, el Don Juan que, de una manera hasta entonces no vista en España, se refleja en la agitada vida sentimental de Bradomín, donde al modo que luego recogería Manuel Machado —besos, pero no darlos— acepta lánguidamente las pasiones que sin parecer buscarlas suscita, aun en sus años de vejez, como ecos de romances pretéritos.

Y basta ya de divagaciones, que nada de lo que yo diga añade nada a lo que en realidad fue, y probablemente tampoco aclara su porqué, aunque mi reflexión sobre ello me ha hecho pensar sobre cosas más en las que antes no me había detenido...

BREVE BOSQUEJO HISTÓRICO-BIOGRÁFICO

AUNQUE PARA MUCHOS que lean estas líneas las referencias que a continuación incluyo resulten innecesarias, me parece útil insertarlas porque vienen a rematar la presentación y explicación de esta obra, el hacer mi particular repaso histórico de esa mancha de agua que inunda toda la obra y vida de Valle-Inclán, el carlismo.

El carlismo es un movimiento político que surge, como tal, tras la muerte de Fernando VII en 1833, alzándose su hermano, el Infante Don Carlos, Carlos V para los carlistas, so pretexto de una cuestión sucesoria, contra el gobierno liberal que asumía la regencia de su sobrina menor Isabel II, y que fue apoyado desde el principio, y a lo largo de tres guerras durante el siglo XIX, fundamentalmente en las regiones campesinas más prósperas de España, donde junto con una mejor distribución de la riqueza y con la cobertura que daban bienes comunales y eclesiásticos al servicio del pueblo, se vivían más las instituciones políticas tradicionales, que otorgaban libertades reales frente a las libertades abstractas de los gobernantes liberales de la época, y donde se percibía más el influjo benéfico, en almas y cuerpos, de la iglesia.

El movimiento adquirió pronto, por sus lances y personajes, una aureola romántica, de leyenda, que lo singularizó frente a movimientos legitimistas aparentemente próximos de otros lugares de Europa.

El sentimiento religioso, el apego a los fueros y a las tradiciones locales, la existencia de una dinastía purificada del estigma del poder por su continuo sufrimiento en el exilio y en la pobreza, vertebraron un movimiento antisistema, extraordinariamente arraigado en el pueblo, que periódicamente se levantaba en armas, que tuvo como último coletazo bélico

co el levantamiento en armas de más de cien mil voluntarios en la Guerra Civil en 1936, que son los que dieron carácter popular y cruzado a la contienda, y del que hoy son herederos pocos cientos de seguidores, sin el esqueleto ya de una línea dinástica por todos ellos aceptada, sin la pervivencia de una vida rural hidalga, y tras la asfixia que para el movimiento supuso el largo período del franquismo, en el que se agudizaron las rencillas internas de sus herederos.

Don Ramón María del Valle-Inclán, sin duda el genio literario de mayor altura creativa y estética del siglo XX, dominó con su presencia el primer tercio de ese siglo, proyectándose su figura, sin antecesores directos ni seguidores concretos, como faro modernista, excelente y singular, en el panorama literario español. Sus obras puede decirse que son todas ellas una sola obra, pues los personajes, Bradomín, Montenegro, Cara de Plata, circulan por ellas y aparecen y desaparecen produciendo todo ello la impresión de una magna sinfonía donde las notas se evocan y se repiten en pasajes concretos, sin dejar de formar parte de una gran obra sinfónica, genial contribución de Valle-Inclán a la literatura en lengua española que, no en vano, su paso por México, y el situar la acción en aquel país de algunas de sus obras, dotan al conjunto de una proyección ultramarina para una España que él aun conoció con provincias en Asia y en América.

Su vinculación aparente con el carlismo —aparente en el sentido etimológico, que aparece a la vista— se centra en su afiliación al partido, los avatares para su presencia como candidato en 1910 en la circunscripción de Monforte de Lemos, que finalmente no se produjo, sus obras sobre la trilogía carlista, las referencias al carlismo en las *Sonatas*, de la mano del marqués de Bradomín, los nombres de dos de sus hijos, Carlos y Jaime, la Cruz de la Orden de la Legitimidad Proscrita que, en su condición de Rey de los Carlistas, le otorga Don Jaime de Borbón en el advenimiento de la República, y, quizá, hasta ese extraño calambur de la Providencia que, como la monarquía carlista, siempre en víspera de reinar, le hace morir en la víspera del día de Reyes de 1936.

LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI MARTÍNEZ
Presidente Fundación Ignacio Larramendi
Mayo de 2021



Pintura original del artista cántabro Ricardo Bernardo López, realizada en 1925 para ilustrar la cubierta de un ejemplar de la primera edición de *Los cuernos de don Friolera*. Colección particular de Francisco Asín Remírez de Esparza.

Valle-Inclán, carlista de principio a fin

TINTA, TIERRA Y TRADICIÓN ES EL TÍTULO, gratamente aliterativo, del libro que comienza donde terminan estas líneas preliminares, confeccionado de manera ejemplar por Alfredo Comesaña y auspiciado por la benemérita Fundación Ignacio Larramendi, en cuyo nombre escribe unas palabras iniciales, explicando el porqué del proyecto, mi amigo Luis Hernando de Larramendi. En las páginas de este libro podrá el lector interesado encontrar, de forma exhaustiva, todas las citas que afectan, de una u otra manera, al carlismo y al marqués de Bradomín en la obra completa de Valle-Inclán, y, con ellas, todos los argumentos posibles para dilucidar y esclarecer la filiación carlista del escritor gallego.

Fue don Ramón una de las cumbres de nuestra Generación del 98 y una de las diez o doce plumas mejor cortadas de la literatura en español. El primer argumento a favor del carlismo existencial de Valle fue ese María revelador que solía posponer a su primer nombre de pila y que aparece en el subtítulo de este libro, Ramón María del Valle-Inclán y el carlismo. En su bautismo, que tuvo lugar el 29 de octubre de 1866, un día después de su nacimiento en Villanueva de Arosa, Pontevedra, no hay rastro de María y sí de los otros dos nombres que le impusieron, a saber, José y Simón. Lo cierto es que, a pesar de que la literatura académica actual se refiere a él por su primer nombre de pila, el común de la

gente sigue conociéndolo mayoritariamente como Ramón María del Valle-Inclán, rindiendo con ello homenaje al primer pretendiente carlista al trono de España, don Carlos María Isidro de Borbón.

Los compromisos políticos de los escritores de raza, que ven el mundo desde el bendito agujero de su talento, son, muchas veces, relativos. Recuerden aquello de Dalí cuando, después de constatar lo que Picasso y él tenían en común («Picasso es español, yo también; Picasso es un genio, yo también»), espetó la siguiente frase a propósito del supuesto *engagement* del pintor malagueño: «Picasso es comunista, yo tampoco». Valle-Inclán era un esteta modernista al que la vida y la historia circundante fue conduciendo al esperpento. Y allí, mirándose en los espejos deformantes del callejón del Gato, el autor de las *Sonatas* y de la Trilogía Carlista siguió emitiendo el mismo reflejo de siempre, por mucho que insistan los críticos «progresistas» en que su última etapa creativa es la única que merece la pena. Y esto vale también para el carlismo de Valle-Inclán.

Ramón José Simón del Valle Peña era todavía un niño de seis años cuando un joven y entusiasta Carlos VII entró militarmente en España, dando el pistoletazo de salida de la Tercera Guerra Carlista. Los ojos soñadores del pequeño Ramón se alinearían con la épica heroica de las partidas carlistas que surgieron espontáneamente en Galicia para unirse al ejército del pretendiente. Además, el desorden republicano que se produjo al frustrarse el reinado de Amadeo de Saboya, permitió a don Carlos reforzar posiciones en el conflicto y prolongar la guerra hasta el 28 de febrero de 1876, día en que tuvo que abandonar España y su corte navarra de Estella para repasar, vencido, los Pirineos, y pronunciar aquella frase épica, «¡Volveré!», que tantas esperanzas despertaría entre sus partidarios. El eco de la homérica despedida de Carlos VII tuvo que impresionar con el tiempo al Valle adolescente, quien, como le ocurrió a su maestro Barbey d'Aurevilly con los ultramonárquicos *chouans* de Bretaña y de Maine reñidos con la Revolución francesa, se sintió estéticamente aludido por las proclamas tradicionalistas y no dudó en apoyarlas desde muy joven con su testimonio incondicional. Y también, cómo no, con las muchas alusiones a la Causa que se derraman con profusión a lo largo y ancho de su obra, como atestigua el extraordinario trabajo *ad hoc* que nos ofrece en este libro Alfredo Comesaña.

Cierto es que hubo unos años especialmente activos en el compromiso carlista de Valle-Inclán, que giraron en torno a la publicación de la *Trilogía Carlista* (*Los cruzados de la Causa* en 1908 y *El resplandor de la hoguera* y *Gerifaltes de antaño* en 1909). Unos años

en los que Valle, al contrario que sus compañeros de generación, que se decantaron en su inmensa mayoría por la opción liberal, se adhirió al carlismo con armas y bagajes, siempre, eso sí, desde una perspectiva personalísima, surgiendo de su devoción tradicionalista una pieza teatral tan deliciosa como *Voces de gesta* (1912), cuya primera edición supuso un acontecimiento editorial no solo por su contenido sino por la belleza de su tipografía y sus ilustraciones. Dos años después se desataría la Primera Guerra Mundial, en la que, coincidiendo en ello con don Jaime, único hijo varón de Carlos VII, Valle-Inclán se declaró ferviente aliadófilo, llegando a recorrer el frente bélico y a escribir, fruto de esa experiencia, su crónica *La media noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917).

Del mismo modo que Borges manifestó en más de una ocasión que por puro escepticismo se había afiliado al Partido Conservador, Valle-Inclán, por esteticismo, fue carlista toda su vida, desde su nacimiento hasta su muerte, acaecida el 5 de enero de 1936. Y lo fue con pleno convencimiento, porque una opción ideológica marcada por la estética en un escritor esteticista como él era también una opción moral, según la máxima platónica de que lo bello y lo bueno se identifican plenamente. Nuestro admirado Valle pudo saludar con entusiasmo el nacimiento de la URSS tras la Revolución de Octubre, pudo coquetear con el socialismo real en más de una ocasión o contemporizar con el régimen de terror revolucionario impuesto en México por Plutarco Elías Calles (esto último en su prólogo al primer libro de Ramón J. Sender, titulado *El problema religioso en México. Católicos y cristianos*, de 1928). Pero su corazón latió siempre en dirección a Carlos VII, el aguerrido joven de veinticuatro años que entró militarmente en la España convulsa de Amadeo I iniciando una guerra que perdería, y con su hijo don Jaime, que lo sucedió en el fantasmagórico trono. Y es que el carlismo tenía mucho que ofrecerle al trasunto del marqués de Bradomín en materia de emociones heroicas y sentimientos épicos, un territorio gozosamente recorrido a lo largo de su existencia por don Ramón María.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
Madrid, 1 de abril de 2021

Tinta, Tierra y Tradición

Ramón María del Valle-Inclán y el Carlismo



Román Bonet (Bon) en Bonet y
Abad, *Celebridades
contemporáneas*, 1911.

EN TORNO A LA POLIÉDRICA Y DESBORDANTE personalidad de Ramón María del Valle-Inclán¹ hay un aspecto que ha suscitado un vivo debate: su carlismo, «un estar en la retaguardia de la vanguardia»². Una porfía que ha dado pie a diferentes y encontradas lecturas, todavía hoy no consensuadas, en la búsqueda de respuestas a numerosos interrogantes que este trabajo asume como su razón de ser: ¿Fue Valle-Inclán un carlista convencido?, ¿cuáles son los arcanos que explican su carlismo?, ¿fue su carlismo producto de un diletantismo sin mayor trascendencia en el plano político?, ¿fue su tradicionalismo una de las muchas máscaras de una personalidad fingida y deturpada que, de manera premeditada, proyectaba al exterior?, ¿fue el suyo un carlismo sincero, si bien pasajero, cerrado con un giro a la izquierda en la etapa final de su vida?, ¿o solo fue una pose de un personaje estrafalario fuera de su tiempo?, ¿fue su militancia carlista consecuencia de una cosmovisión tradicionalista, actitud que persistió toda su vida, con la que el escritor anhelaba que España, sumida por el liberalismo en una crisis material y espiritual, se reencontrase con su lugar en la historia?

¹ Aunque fue bautizado como Ramón José Simón, nos referiremos al escritor indistintamente como don Ramón o don Ramón María, como también se dio a conocer: «Este que véis aquí, de rostro español y quevedesco, de negra guedeja y luenga barba, soy yo: Don Ramón María del Valle-Inclán». Ramón del Valle-Inclán, «Juventud militante», *Alma española*, 8 (27-12-1903), pág. 7.

² Aserción atribuida a Barthes, que bien pudiera aplicarse a Valle-Inclán. Antoine Compagnon, *Los antimodernos*, Barcelona, 2007, pág. 21.

En la actualidad, a la vista de los hechos y pruebas, pocos son los especialistas valleinclinianos que rechazan el «tan mentado como injustificadamente debatido carlismo de Valle-Inclán»³. En todo caso, el debate se focaliza en dirimir el calado y perdurabilidad del tradicionalismo de don Ramón María ante la posibilidad de haber sido eclipsado por un viraje ideológico del autor a posiciones de izquierda en su madurez. La pretensión de las líneas que siguen no es ofrecer al lector un estudio de carácter filológico en cualquiera de sus modalidades —ecdótica, genética, estilística...— de los textos del autor ni tampoco recoger de manera exhaustiva la bibliografía, conferencias, entrevistas o cualquier otro documento relacionado con el escritor sino, tras realizar una labor heurística prospectiva y selectiva, presentar aquellos elementos que consideramos más señalados que proporcionen los mimbres documentales indispensables para alcanzar un análisis del carlismo valleincliniano desde una óptica histórico-crítica.

Partiremos de lo ya aportado sobre esta cuestión por otros autores, no obstante, yendo más allá de una reseña, analizaremos la vida y obra del literato siguiendo el hilo conductor de su vínculo con el carlismo con el fin de ahondar, repensar y reformular interpretaciones existentes, no pocas maniqueas y superficiales —quizás porque excede los límites epistémicos de buena parte de los estudios de la vida y obra del autor—, de manera que podamos ofrecer respuestas investidas del mayor grado de certidumbre posible a las incógnitas formuladas *supra*. Cuando ello no sea posible, ofreceremos las conjeturas que consideremos más plausibles pues, a pesar de la imagen que se tiene del escritor de tener un carácter atrabiliario, extravertido y a su sociabilidad, en puridad, era persona reservada y celosa de su intimidad lo que contribuyó a que se fuera forjando una imagen distorsionada al amparo de un anecdotario en muchos casos de dudosa veracidad cuando no simplemente falaz.

Del trabajo realizado se coligen una serie de conclusiones que sustentan la hipótesis que establece que el tradicionalismo constituyó —bien bajo la bandera carlista, bien bajo el rubro del tradicionalismo⁴— un elemento basilar de la matriz ideológica del autor del Salnés. Aunque pueda parecer que en algunas fases de su trayectoria vital no haya rastro

³ Ramón María del Valle-Inclán, *Entrevistas, Conferencias y Cartas. Edición al cuidado de Joaquín y Javier del Valle-Inclán*, Valencia, Pre-Textos, 1995, pág. XI.

⁴ En un ejercicio de síntesis, con las deficiencias y reticencias doctrinales que llevan aparejadas las simplificaciones, el tradicionalismo —cuya doctrina se vertebra en torno a la tétada carlista de Dios, Patria, Rey y Fueros— puede, además del carlismo, estar representado por otras formas posibilistas que no necesariamente incluyen el elemento legitimista, caso del mellismo o el regionalismo (cuestión que suscita controversias que

de tal pensamiento, en realidad, sí lo está, solo que velado a miradas indiscretas o simplemente de quien no quiere ver lo evidente como iremos desgranando a lo largo de las páginas de este documento cuyo objetivo primordial es visibilizar su tradicionalismo como un elemento capital que integra la cosmovisión valleincliniana.

En la defensa de esta hipótesis ahondaremos en un vector esencial del carlismo valleincliniano y que no es otro que la propia dinámica histórica que presenta el carlismo en su dimensión política, periodística y publicística y su interacción con el escritor. Un labor de contextualización y hermenéutica literaria y vital en la que se ha recurrido a fuentes bibliográficas, hemerográficas y archivísticas para lo que se ha podido contar, entre otros recursos, con el Archivo Digital Valle-Inclán, corolario de años de trabajo del Grupo de Investigación Valle-Inclán de la Universidad de Santiago de Compostela (Givius), con la activa colaboración de la familia del escritor para poner a disposición del público el fabuloso caudal documental de don Ramón cuyo acceso en línea supone un elemento medular para todos aquellos interesados en acceder a la prolífica obra del autor y a la arqueología documental que supone contar con las ediciones príncipe (que son las que más se han consultado en su versión libresca), retratos, caricaturas, epistolario, conferencias, artículos...

El contenido de este trabajo se vertebra en una estructura trina partiendo del título de este trabajo —tierra, tinta y tradición— y que no son más que tres elementos nucleares que con otros componen la razón de ser de su vida —telurismo, fuerza creativa y tradicionalismo—. En torno a este tríptico se organizan los capítulos que ordenan el contenido expositivo. En el primer capítulo se sintetizan los principales enfoques interpretativos de los trabajos sobre el carlismo de don Ramón. A este capítulo le sigue un segundo en el que se contextualiza el tránsito que vivió la tierra natal de don Ramón, Galicia, y más concretamente el Salnés, del viejo orden a los tiempos contemporáneos bajo la férula liberal y las consecuencias de orden sociopolítica que pesaron en la personalidad y pensamiento del literato salinense.

no corresponde aquí abordarlas). Por tanto, el carlismo vendría a ser un tradicionalismo al que se adiciona el legitimismo representado por la línea dinástica borbónica de don Carlos María Isidro, hermano de Fernando VII y tío de Isabel II a quien, según la Ley de Sucesión, le correspondía ser el nuevo rey de España. De esta manera, los carlistas son tradicionalistas pero no todos los tradicionalistas serían legitimistas o carlistas v. Elías de Tejada, *¿Qué es el carlismo?*, Madrid, Centro de Estudios Históricos y Políticos «General Zumalacárregui», Escélicer, 1971.

A continuación, le siguen una serie de capítulos en los que, en sentido diacrónico, se desarrolla la biografía en su faceta personal y profesional (estudios, amistades, manifestaciones de carácter político...) de Ramón María del Valle-Inclán desde sus orígenes familiares hasta su muerte, insertándola en el momento histórico que vivía el carlismo. En este recorrido por la vida y obra del autor, vertebrada bajo el caleidoscopio del tradicionalismo, refutaremos cuando sea preciso acartonados resabios hermenéuticos, aherrojadas ideas y falsas anécdotas que vahan la personalidad del escritor. El cierre y colofón de este estudio contiene una conclusión explicativa de por qué consideramos que el carácter tradicionalista valleincliniano nunca lo abandonó constituyendo la savia que permea el pensamiento de una personalidad compleja y renuente a etiquetas maniqueas como fue la de don Ramón María que ante todo fue —en certeras palabras de Joaquín del Valle-Inclán— un «personaje antiguo, moderno y, por encima de todo, genial»⁵.

Extensa es la nómina de personas a las que agradecer su contribución a este trabajo. En primer lugar, justo es decirlo, debo mencionar a Luis Hernando de Larramendi, presidente del Patronato de la Fundación Ignacio Larramendi pues la génesis de este proyecto se debe a su iniciativa. Otras muchas personas e instituciones con sus orientaciones, consejos o su quehacer diario han contribuido a que este trabajo llegue a buen puerto mientras estas páginas no pasaban de meros bosquejos, entre ellas, Xavier Agenjo, Margarita Santos Zas, el personal de Archivo Histórico de la Universidad de Santiago de Compostela; la Asociación de Amigos de Valle-Inclán —que me han proporcionado de manera desinteresada algún título de su colección sin existencias— o la Cátedra Valle-Inclán con la puesta en línea del Archivo Digital Valle-Inclán ha posibilitado la consulta de información que ha facilitado de manera decisiva la consulta de documentación de difícil acceso. Sirvan estas líneas como una señal de gratitud a todos ellos.

⁵ Joaquín del Valle-Inclán, *Ramón del Valle-Inclán. Genial, antiguo y moderno*, Espasa, 2015.

I. La semántica del carlismo valleincliniano

PARA LA LABOR DE SISTEMATIZACIÓN que exige este prontuario del *status quaestionis*⁶ de lo que ha dado de sí la prolija cuestión de la relación del carlismo y Valle-Inclán, hemos considerado más conveniente, por razones de economía expositiva, presentar tres criterios que explican la naturaleza de la causalidad sobre la que fraguó el vínculo del escritor con el legitimismo en función de los cuales se articulan otros tantos grupos (que no deben ser entendidos como bloques monolíticos ni excluyentes entre sí) que conforman el extenso nomenclátor de aquellos que han realizado propuestas para explicar este aspecto del literato.

En primer lugar, se situarían aquellos que defienden un carlismo valleincliniano persuadido por el *pathos*, esto es, un carlismo irreflexivo y emocional (estético, romántico, esnob, rebelde...). En este sector podríamos incluir buen número de manifestaciones de afamados literatos como Rubén Darío que justificó la adscripción carlista de su amigo, según este le había confesado, «porque don Carlos es buen mozo y vive en Venecia»⁷ o Jacinto Benavente que en su crítica de *El resplandor de la hoguera* —quizás para disculpar

⁶ Para un estudio más amplio del balance crítico de la cuestión, v. Margarita Santos Zas, *Tradicionalismo y Literatura en Valle-Inclán (1889-1910)*, Boulder, Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1993, pág. 1 y siguientes.

⁷ Leda Schiavo, «Valle-Inclán en La Nación de Buenos Aires», *Gramma y cal*, 1 (1995), pág. 216.

a su autor ante un público hostil al legitimismo— aseguraba no «conocer narración de nuestras guerras civiles tan artísticamente desapasionada de toda idea de partido»⁸.

De similar juicio participaban los críticos literarios coetáneos Arturo Mori, corresponsal de *El País* en Barcelona, para quien el carlismo valleincliniano era un producto de su idealismo que se esfumaría nada más conocer al verdadero carlismo que había, por ejemplo, en la Ciudad Condal⁹ o Eduardo Gómez de Baquero, más conocido por su seudónimo Andrenio, para quien de la mano del escritor galaico se había asomado a la literatura española el espíritu carlista, si bien «como un tema estético» dudando que se le pudiera dar otro alcance¹⁰.

En efecto, como no dejaban de señalar, manifestando un mal digerido disgusto ante la posibilidad de que el autor de *Los cruzados de la causa* pudiera empatizar con el carlismo, más allá de tenerlo como mero estro, era un sinsentido el que Valle pudiese declararse carlista y, a la vez, armonizar los fundamentos morales del carlismo con los pasajes más mun-

⁸ Jacinto Benavente, «De sobremesa», *Los lunes del Imparcial*, 15165 (31-05-1909), pág. 3, en Dru Dougherty, «Valle-Inclán en Valencia (1911)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 523 (1994), pág. 8.

⁹ «Habrá en el norte de España espíritus románticos que venderán cara su vida, luchando al son de unas canciones regionales y guerreras en las que aliente un espíritu profundamente religioso; mas, aquí, esta guisa de carlistas no se conoce». Mori se equivocó porque al año siguiente Valle visitó Barcelona donde conocerá ese carlismo sin por ello renegar de su militancia. Arturo Mori, «El viejo y el nuevo carlismo», *El País*, 8391 (07-08-1910), pág. 1.

¹⁰ «En las anteriores novelas de Valle-Inclán hay algunas referencias a las guerras carlistas. El espíritu aristocrático y amigo del pasado de este notable escritor se ha complacido alguna vez en visitar esos recuerdos. Así como el espíritu vendeano tiene su representación en la literatura francesa del pasado siglo, y la tiene en muchos literatos que no eran legitimistas, o lo eran solo de un modo fantástico y caprichoso, el espíritu carlista se ha asomado a la nuestra, en las novelas de Valle-Inclán, como un tema estético. Dudo que pueda dársele otro alcance». Eduardo Gómez de Baquero, «Crónica Literaria: La Guerra Carlista. Los cruzados de la causa, novela por D. Ramón del Valle-Inclán», *La España Moderna*, 242 (1909), pág. 158 también en Dru Dougherty, «Valle-Inclán en Valencia (1911)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 523 (1994), pág. 8.

Años después, Andrenio mantiene su criterio a la hora de valorar el trasfondo de las obras de temática carlista de Valle. Gómez Baquero, al hablar del carlismo de Bradomín sostiene que «el carlismo le gusta como una catedral gótica y a condición de que no triunfe, en lo cual se revela el instinto estético de este personaje» y las novelas de *La Guerra Carlista* no son más que cuando «(...) los aldeanos y los mendigos de Galicia, se elevan en valor estético al nivel de los caballeros y los caudillos». Eduardo Gómez de Baquero, «Crónica Literaria», *La Pluma*, 32 (01-01-1923), pág. 24.

Una postura que trascendió de la producción literaria valleincliniana a la militancia política del autor: «Lo peor que le puede pasar a una idea o a un argumento es que se le defienda por razones de elegancia. Es que tiene perdidas las otras. Viste bien. Puede...; pero aun concediéndolo, eso no es una justificación racional. Es un argumento bueno para corbatas. Y hasta cabe la duda sobre lo de vestir bien. Entre los tradicionalistas indígenas de mi tiempo no he conocido más Brummel que don Ramón del Valle-Inclán, que se apartó pronto de sus hermanos inferiores para seguir los nuevos rumbos que le marcaba su inspiración genial de gran artista». Eduardo Gómez de Baquero, *Andrenio*, «El siglo XIX. Geografía e Historia», *La Voz*, 1504 (15-08-1925), pág. 1.

danos de Bradomín¹¹. Aún podemos incluir más nombres ilustres. Poco después del fallecimiento del escritor gallego, Miguel de Unamuno zanjaba que «todo aquello de su carlismo y su tradicionalismo era romanticismo puro¹²; para Alonso Zamora Vicente la explicación del carlismo valleinclinanesco también cobra sentido en la conocida disertación del marqués de Bradomín de *Sonata de invierno* que asimila la causa de la legitimidad en el romántico atractivo que poseen las causas perdidas y el encanto de las viejas catedrales¹³ y Manuel Bueno ponía en duda la intencionalidad política del carlismo de su amigo Valle pues tenía por seguro «qué esquivo se mostró siempre a las falacias de la política»¹⁴. Esta sería la visión más extendida entre el público a lo largo de los años para explicar el carlismo de Valle articulado en torno a una presunta alteridad. Una visión que parte, bien de la incompreensión, bien de la impotencia ante el hecho evidente de que un genio de las letras se pudiera identificar con el carlismo por lo que se ha empleado hasta hoy para modularlo bajo las etiquetas de pose estética, dilentantismo o afán de epatar¹⁵.

En suma, estamos ante la idea genésica de un «carlismo estético» al que se pueden añadir otros vectores de carácter emocional entre los que sobresale el que explica el carlismo del escritor como un ejercicio de esnobismo, de escapismo del aborrecible presente a través de un «esteticismo aristocrático»¹⁶ evocador de medievalizantes tiempos pretéritos torneados en la tradición y la observancia de la ley de Dios —una visión donde el ascendiente familiar de raíz hidalga jugaría un relevante rol— o fruto de una rebeldía irreflexiva, un inconformismo incubado en un carácter impulsivo y temperamental, que facilitó

¹¹ «A Valle-Inclán lo hacen hoy los carlistas paladín de la causa ya muerta. Saludando el anuncio de su novela *Los cruzados de la causa*, echan a vuelo los cascados esquilonos de unos pobres órganos de publicidad. Yo, puesta a un lado la honda admiración que tengo a Valle-Inclán, me sonrío del carlismo literario del descendiente de los Bradomín; me sonrío más aún, adivinando el gesto de los alegres neos, cuando lleguen al fin de la novela; cuando siquiera hayan leído los dos folletines publicados ya. En ellos un canónigo dice al marqués Bradomín:

»—Es ascendencia de reyes la de nuestro querido marqués.

»Y con una sonrisa de amable ironía el marqués le responde:

»—De reyes y de papas». Joaquín López Barbadillo, «La Juventud», *El Imparcial*, 14979 (24-11-1908), pág. 1.

¹² Alonso Zamora Vicente, *Vida y obra de Valle-Inclán*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1990, pág. 84.

¹³ *Ídem*, pág. 96.

¹⁴ Manuel Bueno, «Las Ideas y los libros», *La Correspondencia de España*, (1909), pág. 6, art. cit. en Manuel Alberca, *La Espada y la palabra. Vida de Valle-Inclán*, Barcelona, Tusquet Editores, 2015, pág. 247.

¹⁵ Joaquín del Valle-Inclán, *Ramón del Valle-Inclán. Genial...*, pág. 121.

¹⁶ José Antonio Gómez Marín, *La idea de sociedad en Valle-Inclán*, Taurus Ediciones, Madrid, 1967, pág. 18.

la militancia carlista del escritor gallego, enemigo acérrimo del régimen liberal que mantenía en el trono a la dinastía usurpadora¹⁷. Estaríamos así ante el enfoque crítico más condescendiente que edulcoraría y disculparía la militancia de Valle en las filas contrarrevolucionarias confiriendo un mayor acomodo dentro de los cánones de la ortodoxia política que podía aceptar su carlismo, aún a regañadientes, como una travesura más del imprevisible e incorregible salnesiano¹⁸.

En segundo lugar, hallamos a aquellos autores que sostienen que el tradicionalismo de don Ramón es un carlismo persuadido no solo por el *pathos* sino también por el *ethos*. De esta manera, se admite el reconocimiento a la autoridad emanada (el *ethos*) de «un rey Carlino que quiere la tradición decente que haga del pueblo una armonía de tipos, cada uno en su clase»¹⁹; un soberano «de poderoso atractivo personal y elocuente valor simbólico»²⁰ depositario de un orden social asentado como elemento basilar en una élite que sirve de puente entre pueblo y monarca, la aristocracia²¹.

Por último en un grupo de autores, encontramos un carlismo fraguado por el *pathos*, el *ethos* y el *logos*. Este sector comprende a los que, sin rechazar necesariamente el carácter emocional y la aceptación del carisma emanado del líder, dan un paso más allá cerrando el círculo de la persuasión y defienden el carlismo valleinclanesco más pleno asentado, además de en el *pathos* y el *ethos*, en el *logos*. Por tanto, es un legitimismo al que llega el escritor no solo por la vía emocional y de la credibilidad que emerge de un monarca, vértice de la sociedad tradicional apuntalada en el trono, el altar y la ley vieja, sino también en el propio convencimiento de que en la tradición radicaba la experiencia milenaria transmitida por nuestros antepasados con la que, a pesar de sus imperfecciones, se había

¹⁷ «Su carlismo —explicable no solo desde un punto de vista estético, sino como proyección de un sentido protestatario y heroico de la vida—. Melchor Fernández Almagro, «Ramón del Valle-Inclán: Vida y obra», *Revista Hispánica Moderna*, 4 (1936), pág. 299.

¹⁸ El 7 de marzo de 1907 aparecía en *El País* un artículo firmado bajo el seudónimo de «Un gallego» en el que su autor, ante el posible ingreso de Vázquez de Mella en la Real Academia de la Lengua Española, mostraba su predilección por otro paisano también carlista, don Ramón del Valle-Inclán, ya que lo era *por pose y dilatantismo*. «Los gallegos y la Academia», *El País*, 1752 (06-03-1907), pág. 1.

¹⁹ Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1944 (Colección Austral), pág. 68.

²⁰ Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Taurus, Madrid, 1966, pág. 129.

²¹ «Solo Valle-Inclán es capaz de colmar el abismo que se abre entre don Carlos y Costa. Solo él». Fantasio, *Diario Universal*, 21-01-1908. Joaquín del Valle-Inclán, «Dos cuestiones de honor y algunas entrevistas», *Cuadrante. Revista cultural da Asociación Amigos de Valle-Inclán*, Vilanova da Arousa, Asociación Amigos de Valle-Inclán, n.º 20 (2010), págs. 15

logrado mantener un equilibrio social, político y económico que, por muy precario que se pudiera juzgar, había permitido un progresivo desarrollo en todos los órdenes y que la llegada de las revoluciones liberales habían barrido para imponer un mundo menos justo con una promesa de dudoso marbete: poner fin a las desigualdades e injusticias.

Estarían en este sector aquellos que consideran que el tradicionalismo representó, bien durante toda su vida, bien durante una parte de la misma, el paradigma de su matriz ideológica; enfoque con el que coincidimos. Entre los postulantes de este criterio encontramos a Joaquín del Valle-Inclán Alsina, Margarita Santos Zas²², Bernardo González de Candamo²³, Fantasio, J. Durán Valdés²⁴, Avallé Arce, Manuel Alberca...

Afirma Joaquín del Valle-Inclán que «el absurdo debate de si era realmente carlista queda desmentido por los hechos»²⁵ al ser irrefutable la militancia en las filas de don Carlos durante una parte de la vida del autor por lo que debiera darse por zanjada y superada esta polémica. En este documento aún iremos más allá en la búsqueda y fundamentación de hechos que prueban la existencia de un sustrato ideológico tradicionalista que permeó la vida del autor desde su niñez hasta su muerte.

²² «[...] el análisis de su trayectoria personal y literaria muestra a un hombre no solo consciente de la realidad de su país desde muy pronto, sino con una postura definida, gestada paulatinamente y vinculada a un pensamiento de signo tradicionalista que encuentra expresión ideológica en la doctrina carlista y concreción política en el partido histórico que lo asume como ideario». Margarita Santos Zas, *Tradicionalismo y Literatura...*, pág. XII.

²³ «Ramón del Valle-Inclán es, en el libro suyo, último, carlista, convencido partidario de Don Carlos y cantor elocuente de la facción». Bernardo González de Candamo, «Guía del lector. Los cruzados de la causa», *Faro*, 49 (24-01-1909), págs. 53-54.

²⁴ «Don Ramón escribió, vivió y murió y esta es la gran verdad a rescatar, en carlista». Juan Durán y Pedro José Zabala, *Valle-Inclán y el carlismo*, Madrid, SUCCVM Ediciones y publicaciones, 1969, pág. 13.

²⁵ Joaquín del Valle-Inclán, *Ramón del Valle-Inclán. Genial...*, pág. 120.

GEDIÓN



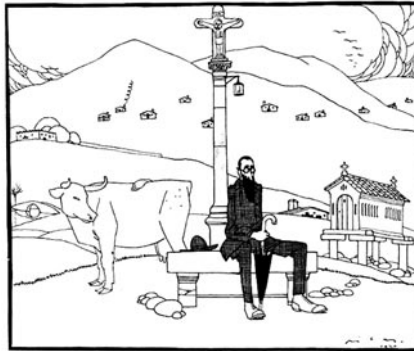
D. RAMON DEL VALLE INCLAN

Es manco, como el otro, para que sea más perfecta la semejanza. Admirable escritor, que trabaja, además, como una fiera y le queda tiempo... hasta para hacerse carlista...! Por cierto que no le sienta bien la boina...

Fresno, Gedeón, 20 marzo de 1910.

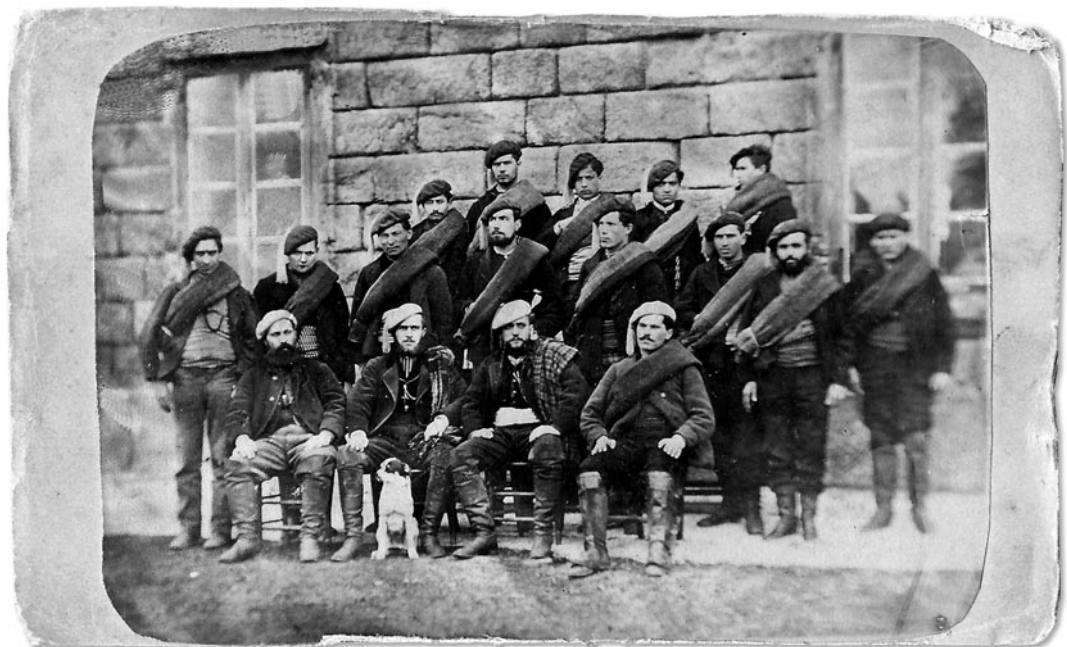
Tierra

La Tierra de Salnés estaba toda en mi conciencia por la gracia de la visión gozosa y teologal. Quedé cautivo, sellados los ojos por el sello de aquel valle hondísimo, quieto y verde, con llovizna y sol, que resumía en una comprensión cíclica todo mi conocimiento cronológico de la Tierra de Salnés²⁶.



Lourido Ribas, *Plus Ultra*, febrero de 1921.

²⁶ Ramón del Valle-Inclán, *La lámpara maravillosa*, 1922, pág. 25.



Partida carlista de Mondoñedo. Numerosas partidas guerrilleras de voluntarios de Carlos VII como los de la imagen combatieron en Galicia durante la infancia de Valle-Inclán.
Fotografía de Antonia Santos, 1872.

II. Alba de revolución

A LA HORA DE ABORDAR EL ESTUDIO de los nexos de Valle-Inclán con el carlismo es inexcusable conocer el tempo histórico en que se hallaba inmersa Galicia y en particular el Salnés, la tierra natal del escritor. No es este lugar para realizar un análisis pormenorizado de la mudanza que vivía la Galicia del último tercio del siglo decimonono, pero sí es obligado ofrecer algunos trazos que nos aproximen al espíritu de un finisterre hispánico que vislumbraba las últimas luces de un viejo orden milenario y el alba del nuevo que lo reemplazaba. Un tránsito histórico que Valle plasmó en tinta y papel y que dejó impronta impecedera en su personalidad.

El arranque de este proceso transformador —por economía de espacio y teniendo en cuenta que existen antecedentes más lejanos en el tiempo como los frustrados ejemplos de las Cortes de Cádiz y el Trienio Liberal— puede situarse en la forja de la superestructura impuesta por el Estado liberal durante la regencia de María Cristina y el reinado de Isabel II que alteró primero y pulverizó después el secular —pero no inmutable— marco jurídico-administrativo, productivo y social existente en España hasta entonces. En el caso del Reino de Galicia la estructura jurídico-administrativa fue barrida por un nuevo modelo territorial centralizado cuya unidad básica era el

ayuntamiento englobado a su vez en las provincias. En consecuencia, se suprimió la densa malla de señoríos jurisdiccionales y cotos integrados por las tradicionales unidades territoriales rurales como eran las parroquias, lugares, aldeas...— de diversas dimensiones, atribuciones y alcance jurisdiccional cuya realidad resultante alcanzaba tal grado de complejidad que se podría calificar de «minifundismo gallego jurisdiccional»²⁷.

No fue menor el impacto del modelo productivo liberal que trastocó las bases de la economía agraria como la propiedad de la tierra y, por extensión, las relaciones sociales, si bien convivirá por un tiempo, hasta su completa desaparición en el siglo XX, con algunas formas tradicionales de detracción del excedente agrario²⁸, caso de los foros, contratos de carácter enfitéutico que podían llevar aparejadas una pluralidad de derechos (laudemio, luctuosa..), amén de otros tributos y privilegios señoriales laicos o eclesiásticos (pontazgo, diezmo, yantar, hospedaje...), al que la población podía estar sujeta. La implantación del rampante liberalismo económico vino de la mano de una serie de medidas legislativas de notable calado entre las que destacamos, de manera compendiosa, un nuevo régimen fiscal; las leyes desamortizadoras de Mendizábal y Madoz con los consecuentes cambios en la propiedad; la intromisión gubernamental en el aprovechamiento de los montes comunales; la definitiva ley de desvinculación de los mayorazgos de 1841; el servicio militar obligatorio; un mayor grado de monetarización de la economía agraria; la escolarización estatal; supresión de la Junta del Reino de Galicia... En definitiva, la monarquía isabelina impulsó de manera gradual —y a pesar de no pocas resistencias cuya expresión más traumática fueron las guerras carlistas— un nuevo modelo de vida ahormado en los principios del liberalismo, con independencia de su carácter más o menos moderado, que tuvo como corolario la primacía del individuo sobre la comunidad y el derrumbe del edificio del viejo orden plasmado en la abolición de los señoríos, la desamortización y el proceso desvinculador de los mayorazgos.

²⁷ Pegerto Saavedra Fernández, «Contribución al estudio del régimen señorial gallego», *Anuario de historia del Derecho español*, 60 (1990), pág. 119.

²⁸ Aurora Artiaga Rego, Xesús L. Balboa, José M^a Cardesín, Lourenzo Fernández Prieto y Enrique Hervés Sayar, «Agricultura y capitalismo en Galicia: Una perspectiva histórica», en Pegerto Saavedra y Ramón Villares (eds.), *Señores y campesinos en la Península ibérica, siglos XVIII-XX*, Barcelona, Consello da Cultura Galega y Editorial Crítica, 1991, págs. 351 y 352.

Para asegurar el éxito de su ambicioso proyecto, el Estado liberal actuó con relativa cautela para evitar una resistencia aún mayor. Pero eso no obstó para que las medidas más polémicas, caso de las desamortizaciones impulsadas por gobiernos liberales progresistas, aún implementando de manera gradual las reformas que podían provocar mayores rechazos pusieran en marcha su maquinaria coercitiva, aplicando la política del palo y la zanahoria a los sectores de la sociedad refractarios al liberalismo. De esta manera, a la nobleza se le hizo ver que lo más juicioso para sus intereses era el gatopardismo. Si adoptaban una postura acomodaticia ante los vientos nuevos traídos por el liberalismo moderado que abandonaba la monarquía de la rama fernandina de los Borbones, conservarían su posición social, incluso podrían reforzarla y mejorarla, por ejemplo, en menoscabo de la Iglesia.

Ahora bien, en caso de resistirse podían perderlo todo, hasta la vida. Buena parte de la nobleza se decantó por el *aggiornamento* (unos por temor, otros por convicción pues no pocos aristócratas, titulados o no, habían abrazado las ideas liberales cuando la situación no era propicia para ello, entre otros, el abuelo paterno de Valle-Inclán) y decidió que era mejor defender sus intereses en notarías, juzgados, prensa o en la tribuna política antes que desenvainar el sable y salir al campo del honor. Es apodfctico que debían renunciar a la percepción de ingresos por los derechos señoriales, sin embargo, en contrapartida, se les ofrecía nuevas oportunidades. Por una parte, la principal fuente de ingresos para la mayoría de ellos, el foro, había evolucionado y presentaba los rasgos de un sistema de rentas más acordes con la economía capitalista por lo que no era considerada como una institución a batir, al menos de momento²⁹.

Caso distinto eran los derechos señoriales, de menor peso en las rentas de la hidalguía y a los que, por tanto, no fue complicado que renunciasen. A mayor abundamiento, con la desamortización de Mendizábal de 1836 las voluminosas rentas y bienes procedentes de la expropiación al clero regular que explotaba sus propiedades a través del foro de manera abrumadora³⁰ pasaron en buena parte a la burguesía mediante el pago en títulos de deuda, pero también hubo no pocos hidalgos medianeros³¹ que no dejaron pasar la

²⁹ Así, en un número del *Boletín Oficial de la Provincia de Lugo* de 1838 los foros eran considerados «en completa armonía con el espíritu del presente siglo», en Pegerto Saavedra Fernández, «Contribución al estudio...», pág. 124. También v. págs. 142 y siguientes.

³⁰ Ramón Villares, *Foros, frades e fidalgos*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 1982.

³¹ Aurora Artiaga Rego, Xesús L. Balboa, José M^a Cardesín, Lourenzo Fernández Prieto y Enrique Hervés Sayar, «Agricultura y capitalismo en Galicia...», págs. 354-355.

oportunidad para beneficiarse con la compra de los bienes de la Iglesia desamortizados por el gobierno liberal, entre ellos, como veremos más adelante, ascendientes de Valle-Inclán o de Emilia Pardo Bazán, pues, en el caso de las redenciones de rentas, los beneficiados fueron los titulares originarios de la propiedad útil, esto es de los subforos, que no eran otros que los hidalgos que pasaron a ser los titulares del pleno dominio de las tierras³².

Otro guiño del gobierno liberal a la aristocracia se produjo con la Ley de 26 de agosto de 1837 que tamiza la legislación en materia de abolición de los señoríos anteriormente promulgada en las Cortes de Cádiz y durante el Trienio Liberal; con esta nueva ley —que será la que rija lo que resta de siglo— se reconocía el carácter de propiedad privada de las tierras y rentas dominicales sin necesidad de probarlo con los títulos correspondientes; no fue así en el caso de los señoríos jurisdiccionales, pero, aún así, en este caso la pérdida fue indemnizada con títulos de deuda pública que en muchos casos invirtieron en la compra de bienes desamortizados³³.

La ley desamortizadora de Madoz de 1855 supuso otro jalón a tener en cuenta en la propiedad de la tierra en Galicia al permitir el acceso a la plena propiedad a los campesinos aforados a través de la redención de los foros que *per se* solo otorgaban el dominio útil. Estas redenciones forales fueron posibles porque, por una parte, la naciente oligarquía liberal (compuesta por burgueses y aristócratas adeptos a Isabel II) ya había dispuesto de las rentas eclesiales de mayor atractivo en la ley desamortizadora de Mendizábal y, por otra parte, ahora contaba con alternativas de inversión más rentables (ferrocarril, sociedades bancarias, conserveras³⁴ ...) que la compra de las rentas más modestas del clero secular puestas a la venta con la desamortización de Madoz³⁵. Por esta razón, en Galicia acce-

³² María Jesús Baz Vicente, «Las élites agrarias en la Galicia liberal: tutela política y conservacionismo foral de la fidalguía rentista», *Ayer*, 48 (2002), pág. 64.

³³ Germán Rueda Hernanz, «La supresión de los señoríos y el proceso desvinculador de los bienes nobiliarios», *Aportes*, 39 (2015), pág. 46.

³⁴ Caso de la familia López Ballesteros de la Casa de Golpelleira, v. Antonio Presedo Garazo, «La nobleza provincial gallega ante la crisis del antiguo régimen», *Heráldica: la revista de genealogía, nobleza y armas*, 308 (2005), pág. 26.

³⁵ El artículo 1º de la ley Madoz declaraba en venta, con excepciones, los predios rústicos y urbanos, censos y foros pertenecientes al Estado, clero, órdenes militares (Santiago, Alcántara, Calatrava...), cofradías, obras pías, santuarios, bienes secuestrados a don Carlos, propios y comunes de los pueblos, beneficencia e instrucción pública y cualesquiera otros pertenecientes a manos muertas. *Gazeta de Madrid*, 852 (03-05-1855), pág. 1.

dieron a la plena propiedad campesinos mediante miles de redenciones facilitadas por el pago en metálico en lugar de mediante títulos de deuda.

A partir de la segunda mitad del s. XIX las redenciones continuaron pero, con excepción de la efímera ley republicana de 1873, fue un lento proceso que no precisará del estímulo de una actividad legislativa estatal al efecto hasta el Real Decreto Ley de 1926 con el que se declaraban redimibles todos los foros. Las razones de tan larga pervivencia del sistema foral desde el punto de vista económico, a pesar de ser fija la renta desde la Real Provisión de 1763, son múltiples (se cobraba en especie por lo que no estaba sometida a la depreciación de la moneda; se beneficiaba del incremento de los precios; el coste de cobro era mínimo pues se contemplaba habitualmente que la renta debía de depositarse en las paneras del forista...)³⁶.

Por otra parte, aún cuando pueda parecer controvertido, también hubo una viabilidad social ya que existían una serie de elementos que ofrecían unas garantías a los foreros (seguridad en el disfrute de las tierras a largo plazo; autonomía para explotar la tierra que revertía en su favor al ser la renta fija; flexibilidad de los rentistas a la hora de exigir sus derechos en apeos, fraudes, atrasos...), fruto de la conciliación que hacía el propietario del dominio directo entre la obtención de rentabilidad y el mantenimiento de unas condiciones mínimamente dignas de los campesinos que redundaba en la paz social y, por ende, en la continuidad del sistema foral³⁷.

Cuando hacia el último tercio del s. XIX la dinámica del mercado haga que los ingresos procedentes de los foros no dejen de caer debido a la crisis finisecular provocada por la caída de precios de cereal y ganado ante la competencia de los productos ultramarinos, sin aranceles que amortiguasen el impacto de la competencia exterior (otro efecto de la crisis lo sufrió el campesinado acentuándose el éxodo rural hacia la ciudad o emigrando a América) y, en contrapartida, los hidalgos rentistas muden sus principios morales por los principios estrictamente mercantilistas exigiendo el pago de rentas pequeñas hasta entonces ignoradas o judicializando las reclamaciones por atrasos en el pago, deslinde, etc. también crecerá la hostilidad y las reivindicaciones de los foreros demandando la supresión de los foros. De esta manera los foros se convirtieron en una fuente poco atrac-

³⁶ María Jesús Baz Vicente, «Las élites agrarias en la Galicia liberal...», pág. 72.

³⁷ *Ídem*, págs. 73 y 74.

tiva de ingresos, lo que facilitó que los rentistas aceptasen con mayor facilidad las redenciones³⁸.

Los efectos de los cambios promovidos por los gobiernos liberales respecto a la propiedad de la tierra no se circunscribieron al patrimonio de la Iglesia y la nobleza. También en esta misma etapa se cernió una seria amenaza sobre la propiedad comunal de los montes vecinales, otro de los pilares socioeconómicos del viejo orden gallego, ante la proclividad estatal de privatizar su propiedad y desarrollar una política intervencionista sobre estas tierras a través del Cuerpo de Ingenieros de Montes de 1863. Una intromisión que fue estrangulando las tradicionales formas de aprovechamiento agropecuarias y forestales comunitarias privilegiando los objetivos de los Planes de Aprovechamientos Forestales.

Junto a los cambios de carácter económico también la nobleza hubo de renunciar a los variados derechos de carácter político-administrativo aparejados a su linaje (administración de justicia, gobierno local...), sin olvidar que el poder real antiguerregimental modulaba estos poderes de carácter político en asuntos de suma importancia —como lo fue la Real Audiencia que limitaba la justicia señorial no solo al ser órgano de apelación sino también al entender en primera instancia de materias tan relevantes como los litigios forales—. Pero también había una contrapartida y era hacer carrera política y formar parte de la nueva élite social. Muchos hidalgos aceptaron los cambios porque, además de preservar las rentas forales, podían incorporarse a la nueva oligarquía compartiendo cargos en la burocracia administrativa y en los puestos de responsabilidad municipal, provincial y nacional (alcaldías, secretarías de alcaldía, juzgados, diputaciones, gobiernos civiles, parlamento, nombramiento de curatos...) —bien directamente o cuando el régimen de incompatibilidades lo impedía, a través de testaferros políticos de confianza pertenecientes a sus redes clientelares— de consuno con la burguesía con la que sellaron alianzas matrimoniales aún de manera más habitual que antes³⁹.

Nacía así un grupo social compuesto por propietarios, nobles y burgueses, que fueron uno de los mejores pilares para la consolidación del Estado liberal burgués asentado en un sufragio censitario que controlaba los resortes del poder en España y que reservaba un lugar a la nobleza gallega a cambio de aceptar, de mejor o menor grado, el desmantelamiento del

³⁸ Aurora Artiaga Rego, Xesús L. Balboa, José M^a Cardesín, Lourenzo Fernández Prieto y Enrique Hervés Sayar, «Agricultura y capitalismo en Galicia...», págs. 360.

³⁹ María Jesús Baz Vicente, «Las élites agrarias en la Galicia liberal...», pág. 75-76.

viejo orden pero con la posibilidad de mantener una de sus fuentes de ingresos más importantes, los foros, complementándolas con las retribuciones de sus puestos en el entramado administrativo-político liberal desde donde podían defender desde dentro sus intereses. De esta manera, aceptando la nobleza la supresión del poder jurisdiccional cuyos orígenes se remontaban a la Edad Media, se integró en un poder político compartido con los burgueses y que, en principio, se fundamentaba en el mérito y no en el linaje. Por tanto, estamos ante un ejemplo de supervivencia y «simbiosis social» con el resultado de la entrada en crisis del viejo orden en el Reino de Galicia y la subsecuente transformación que siguió un ritmo propio y pausado⁴⁰.

¿En qué momento se consolidó el proceso revolucionario liberal en España? Aunque hubo precedentes se puede situar en 1833 con la llegada al trono de Isabel II bajo la regencia de su madre María Cristina de Borbón, el inicio del proceso irreversible en el que el liberalismo español comenzó a implementar su programa transformador. Poco antes de su muerte, Fernando VII había buscado el apoyo de los liberales estableciendo un acuerdo transaccional por el que la rama dinástica fernandina tenía asegurada su continuidad en la sucesión al trono de la princesa Isabel (aún conculcando la ley sucesoria semisálica que dictaminaba que el rey debía ser su hermano, el infante don Carlos, reconocido como Carlos V por sus seguidores) con la imposición de la Pragmática Sanción por la que era posible que, en ausencia de descendencia masculina, Isabel pudiera ser reina habiendo varones por línea lateral. Buena parte de los sectores partidarios de la tradición apoyaron la causa de Carlos V de Borbón declarándose defensores del viejo orden (monarquía tradicional, preeminencia del papel social y espiritual de la Iglesia, leyes viejas, costumbres, fueros y juntas del reino allí donde aún los hubiere, estructura social teniendo como factores basales a la colectividad y no el individualismo). Aunque no fueron todos, pues no pocos mostraron tibieza para acabar declarándose partidarios de Isabel y de la regente María Cristina junto a los liberales; por esa razón fueron llamados isabelinos, cristinos o simplemente liberales.

La colisión entre tradicionalismo y liberalismo no surgió en 1833 de manera espontánea sino que es el corolario de un larvado conflicto que, como poco, hunde sus raíces en los tiempos de la Guerra de Independencia con la división entre defensores y detractores de la Constitución de 1812 continuada por los enfrentamientos, una vez repuesto en el trono

⁴⁰ Antonio Presedo Garazo, «La nobleza provincial gallega ante...», pág. 15.

Fernando VII, entre liberales y realistas que pasarán a ser conocidos como carlistas y ya levantaron partidas durante el Trienio Liberal (1820-1823) y en 1827 (*Agraviados* o *Malcontents*). En 1833, con la muerte de Fernando VII y la crisis sucesoria desatada entre los partidarios de la princesa Isabel y los de su tío Carlos María Isidro, principiaba la primera guerra carlista o guerra de los Siete Años (1833-1840). Una guerra fratricida que también se libró en Galicia donde las élites refractarias a las imposiciones liberales expresadas en las líneas precedentes organizaron numerosas guerrillas.

La mayor parte de la nobleza titulada galaica se mantuvo fiel a Isabel II o al menos indecisa. Pocos fueron los que apoyaron abiertamente a Carlos V. Más fueron los hidalgos que encabezaron como habían hecho en el Trienio Liberal facciones carlistas. Entre el clero el apoyo al carlismo fue notable. Buena parte de los miembros de los cabildos gallegos —y el cabildo compostelano en particular— mostraron un silente pero decisivo respaldo a los defensores del trono y el altar al igual que los miembros de comunidades abaciales, prioratos, curatos... Con ellos, las clases populares y medias rurales pero también urbanas donde el carlismo tenía gran arraigo en ciertas áreas de la geografía gallega se lanzaron al campo a pesar del implacable aparato represivo liberal.

La primera guerra carlista finalizó con la victoria liberal en 1840. Seis años después, en 1846, estallaba la segunda guerra carlista, que en Galicia fue la de menos repercusión, aunque hubo actividad guerrillera, que remató en 1849 con un nuevo revés para las armas del carlismo. La Revolución de 1868 destronó a Isabel II para entronizar a Amadeo I de Saboya en el tumultuoso contexto político abierto por el Sexenio Revolucionario con un carlismo fortalecido por el desamparo en que habían quedado muchos monárquicos isabelinos y católicos ante la deriva política, muy especialmente en materia religiosa, de la revolución septembrina que ensanchó la base militante del legitimismo al ser visto como un dique de contención ante la amenaza revolucionaria. El 14 de abril de 1872, Carlos VII, nieto de Carlos V, ordenaba a sus fieles empuñar una vez más las armas. Comenzaba la tercera guerra carlista (1872-1876); para entonces Valle-Inclán tenía poco más de cinco años y en Galicia de nuevo se levantaron numerosas facciones guerrilleras gallegas. Sin embargo, cuatro años de guerra acabaron en la tercera derrota y la vuelta como rey del hijo de Isabel II, Alfonso XII. Don Carlos y no pocos de sus fieles, cruzaban, como lo hiciera treinta y seis años antes su abuelo, la frontera con Francia camino del exilio.

En este poliédrico y complejo tránsito, lento pero firme, se fraguó el ocaso de las viejas formas sociales y económicas del mundo agrario galaico y, en consecuencia, también el ocaso de sus élites, señores de pazo y casas solariegas dentro del contexto más amplio representado por la consolidación del liberalismo español; momento histórico magistralmente descrito por Valle-Inclán con mayor o menor énfasis en las *Comedias bárbaras*, *Flor de santidad*, *Los cruzados de la causa...* cuando, en palabras de Ramón Villares, «se pierde la armonía del Antiguo Régimen sin que apareciera una solución de recambio»⁴¹. Contexto con el que se puede entender el ofuscamiento de Juan Manuel Montenegro al ver a su progenie dilapidar el patrimonio familiar.

En cierto modo, a Valle no le faltaba razón. El fin de la tradición no solo fue un éxito del régimen liberal encarnado en la monarquía de la rama fernandina de los Borbones, sino también un fracaso de las élites tradicionales víctimas de sus vicios y debilidades. El enemigo también estaba en casa al aceptar la nueva situación y plegarse a los nuevos moldes del capitalismo liberal⁴² pasando a engrosar las filas burguesas ocupándose en profesiones liberales (derecho, funcionariado,..), puestos de responsabilidad en el nuevo sistema liberal de partidos o en la carrera de armas al poder subsistir muy pocos de manera holgada con el paso del tiempo de las menguantes rentas que reportaba la simple condición de propietario absentista.

⁴¹ Ramón Villares, *Historia de Galicia*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, pág. 124.

⁴² María Jesús Baz Vicente, «Las élites agrarias en la Galicia liberal...», pág. 78.



F. BERILLON



BAYONNE

Carlos VII y doña Margarita con sus hijos doña Blanca,
don Jaime y doña Elvira. Bértiz, 1875.
Fotografía de Ferdinand Berillon.
Archivo: J. I. Ortega.

III. Tierra, sal e hidalgos. Salnés (1866-1884)

SI TENEMOS EN CUENTA el análisis enunciado en las líneas precedentes, comprenderemos cómo las raíces familiares de Valle-Inclán y la propia figura del autor, representante de su estirpe, constituyen un epítome del devenir social de la hidalguía gallega antiguorregimental sometida a una trascendental mudanza a lo largo del siglo XIX que tan profunda huella dejaron en su trayectoria personal y profesional. Entre sus antecedentes familiares por vía paterna figura su abuelo Carlos Luis del Valle-Inclán Malvido, oficial del ejército de ideas liberales, natural de San Lorenzo de Andrés⁴³, parroquia de Villanueva de Arosa, que contrajo matrimonio en 1818 con Juana Nepomucena Bermúdez Torrado y Ponte Andrade, natural de La Puebla del Deán, parroquia de Caramiñal⁴⁴. Ambos contrayentes, miembros de familias hidalgas, gozaban de una acomodada posición económica. Fruto de esta unión nació en 1823 el que sería padre del escritor, Ramón del Valle-Inclán Bermúdez. En 1826 don Carlos Luis huyó a Portugal al verse involucrado en la muerte de un hombre en

⁴³ Archivo Histórico Universitario Santiago de Compostela, en adelante AHUS. Legajo 1.501, Expediente n.º 14, Valle Peña, Ramón, Derecho, 1884-1889. Certificado bautismal de Ramón Valle Peña expedido por el cura párroco de San Cipriano de Cálago de Villanueva de Arosa, p. j. de Cambados José Benito Rivas, 21 de agosto de 1885.

⁴⁴ *Ídem.*

Carballiño a manos de un sargento y cuatro soldados del Regimiento Provincial de Pontevedra en el que el abuelo del escritor servía y donde había ingresado con el grado de alférez⁴⁵.

Pasados los años, Ramón del Valle-Inclán Bermúdez⁴⁶ mantuvo la adscripción liberal de su padre Carlos Luis, estando en sintonía con el liberalismo progresista de Montero Ríos y el movimiento regionalista, en su vertiente liberal, representado por Manuel Murguía⁴⁷ con quienes el padre del escritor tenía lazos de amistad. La condición liberal del progenitor de don Ramón María se plasmó en el desempeño de diversos cargos de carácter político (concejal, jefe de Fomento en Málaga y Madrid, secretario de la Junta Revolucionaria de Villagarcía en la Revolución de 1868, alcalde de Villanueva en 1869 y 1884, vocal del Comité Republicano de Villanueva en 1873, secretario del gobierno civil de Pontevedra en 1888...). No obstante, la política no fue la única vocación de Valle-Inclán Bermúdez.

Su espíritu emprendedor le llevó a involucrarse en numerosos negocios con éxito dispar —fundador de periódicos, secretario y administrador gerente del consejo de administración de la Sociedad del Ferrocarril Compostelano, introductor de modernas máquinas en el molino de harina y el aserradero de los que era propietario, con las que, junto a la importación del barato maíz americano y del pino abeto de Riga, pretendía competir en el mercado con atractivos precios frente a la producción cerealística y maderera autóctona...⁴⁸. A la faceta empresarial y política don Ramón del Valle-Inclán Bermúdez sumaba una vocación orientada al mundo de la comunicación y la cultura (escritor, articulista, historiador, arqueólogo, poeta...). En su faceta literaria, Murguía le animó a publicar su primer trabajo, *La Oración. Cuadro de costumbres marítimas* de 1865 que aparece en el *Almanaque de Galicia* de Manuel Soto Freire⁴⁹, reconocido tradicionalista lucense cuya

⁴⁵ Procesado por este hecho el fiscal solicitaba una pena de 10 años de presidio en África, pero Carlos Luis del Valle se fugó de la cárcel de Santiago donde se encontraba y, después de vivir de incógnito, acabó por huir a Portugal. De poco le sirvió regresar a Santiago de Compostela acogiéndose al indulto general de 1828 pues ingresó de nuevo en la cárcel siendo liberado tiempo después. Joaquín del Valle-Inclán, *Ramón del Valle-Inclán. Genial...*, págs. 20-21.

⁴⁶ El padre de Valle presentaba su primer apellido con numerosas variantes, entre ellas Valle-Inclán. *Ídem*, pág. 21.

⁴⁷ *Ídem*, pág. 24

⁴⁸ Manuel Alberca, *La espada...*, pág. 28-31.

⁴⁹ Francisco X. Charlín Pérez y Gonzalo Allegue, *El mundo de Valle-Inclán. Viaje a los orígenes*, Asociación Cultural Amigos de Valle-Inclán, Vilanova de Arousa, 2008, pág. 66.

labor de promoción de la cultura gallega todavía está pendiente de un merecido reconocimiento⁵⁰.

Ramón del Valle-Inclán Bermúdez se casó dos veces. Su primera esposa Ramona Montenegro y Saco falleció prematuramente, cinco años después de la boda, en 1854 víctima del cólera dejando una significativa herencia a su esposo —quien ya de por sí contaba con un importante patrimonio heredado por vía paterna y ampliado con la herencia recibida de la mitad del mayorazgo de su tía Concepción Bermúdez—. Años después, en 1865, Ramón del Valle-Inclán Bermúdez contrajo segundas nupcias con la que sería la madre del escritor, su prima y sobrina política María de los Dolores Peña Montenegro, también de extracción hidalga tanto por vía materna en la persona de Josefa Montenegro Saco-Bolaño (abuela de Ramón María del Valle-Inclán), como paterna pues el abuelo materno del escritor, Francisco Peña Cardecid, natural de la Isla de Arosa⁵¹, era hijo del escribano local José Manuel de la Peña Oña⁵² de quien había heredado la casa solariega en Villanueva de Arosa conocida como *O Cuadrante*; un prominente rentista (en el censo municipal de electores de 1853 estaba situado en el cuarto lugar entre los doce máximos contribuyentes) en el seno de una familia que se había beneficiado de los procesos desamortizadores con la compra de numerosos bienes eclesiásticos del priorato de San Martín Pinario como hizo también su hermano Joaquín Peña, monje exclaustrado benedictino. Francisco Peña no solo era uno de los mayores contribuyentes del municipio sino que selló enlaces matrimoniales para emparentar a su progenie con importantes familias de la localidad, como lo eran sus cuñados, el escribano José Cándido Giménez y el industrial del salazón Francisco Llauger⁵³. Asimismo Francisco Peña compaginaba su condición de propietario con la política local integrado en las filas del liberalismo conservador en cuya representación desempeñó repetidas veces la Alcaldía de Villanueva entre 1842 y 1872. Esta militancia en las filas del conservadurismo liberal le convertía en adversario político de su yerno (el padre de nuestro escritor) que militaba en el liberalismo progresista. A la rivalidad política entre suegro y yerno se le sumaría algún desencuentro en el plano personal, entre otros motivos, porque la hija de Francisco Peña, María

⁵⁰ De su taller tipográfico salieron, entre otras obras, la primera gramática gallega de Saco y Arce (otra relevante figura de la intelectualidad tradicionalista galaica), los primeros volúmenes de la Historia de Galicia de Murguía...

⁵¹ Francisco X. Charlín Pérez y Gonzalo Allegue, *El mundo de Valle-Inclán...*, pág. 66.

⁵² Francisco Xavier Charlín Pérez, «Una casa solariega desaparecida y su reflejo en la obra de Valle-Inclán», *Cuadrante*, 35 (2017), pág. 54.

⁵³ *Idem*.

de las Dolores Peña Montenegro, había llegado al altar encinta de ocho meses de su primo viudo y quince años mayor.

El hecho de considerar la existencia de simpatías hacia el carlismo por vía materna no deja de tener cierta base pues son sobradamente conocidos los orígenes hidalgos de la madre de don Ramón. Su abuela y madrina, Josefa Montenegro Saco-Bolaño procedía de una familia que poseía una casa solariega, denominada *A Xunqueira*, unas calles más arriba de *O Cuadrante* (a la que doblaba en tamaño), y cuya última mayorazga había sido su madre, bisabuela materna de don Ramón, Dolores Saco, Bolaño que, junto sus antepasados, hasta tres siglos atrás se habían hecho llamar *Señores de la Casa de Colo de Arca y Casa Grande de Villanueva de Arosa*⁵⁴ recibiendo Cédula Real de legitimación para la creación de un vínculo y mayorazgo a principios de 1605.

La evolución de esta rama familiar es similar a la de otros tantos hidalgos que prosperaron hasta llegar al cénit como grupo social lo que se plasmó en la construcción de residencias, en su mayoría rurales, cuya época de esplendor se desarrolló en el siglo XVIII: los llamados pazos y las casas solariegas. En el caso de los Saco-Bolaño la Casa Grande de *A Xunqueira* fue acrecentada con edificaciones auxiliares (lagares, bodegas...) y sus predios con compras de tierras a lo largo del siglo XVIII, convirtiéndose en un centro de gestión agraria antiguorregimental de primer orden en la comarca de lo que ha quedado evidencia en el Catastro de Ensenada con el registro de propiedades, componentes de la unidad familiar, tres criados y tres criadas así como de las rentas que proporcionaban al titular del mayorazgo, don Manuel Antonio Saco y Bolaño, hidalgo y tratante de vino, sus propiedades de Barbanza que cobraba en las paneras de la Casa de Colo de Arca (adonde se desplazaban a vivir dos o tres meses) y a las percibidas de sus tierras en el Salnés que almacenaban en la casa de *A Xunqueira*⁵⁵.

⁵⁴ *Ídem*, pág. 55.

⁵⁵ El fulgor de esta época, registrado en el Catastro de Ensenada, por otra parte, fue también la cresta de una ola que marcó el lento declive de esta burguesía autóctona de carácter señorial cuando el Salnés fue lugar de llegada de fomentadores catalanes que revolucionaron la industria del salazón y la explotación pesquera, suplantando el modelo económico tradicional y principiando el fin del dominio social de la élite hidalga que, enfrentada al segundo gran embate unos decenios después con la revolución liberal, no tuvo otro remedio que sumarse al carro de los vencedores o sucumbir. De todo ello fueron testigos los descendientes de don Manuel Antonio Saco, desde su hijo, don Ramón Saco-Bolaño y Taboada a la hija única de este, Dolores Saco-Bolaño –la bisabuela del escritor a la que este hace referencia en varias de sus obras que hubo de afrontar una viudedad con su numerosa prole (siete hijos) en la que no faltaron los problemas financieros por numerosos impagos de sus forales e incluso la venta no autorizada de sus tierras por sus colonos y lo que es peor, largos pleitos familiares fruto de la disgregación del vínculo que no pudo heredar al completo su hijo

Mención aparte del recio abolengo de una casa blasonada en la que figuran militares, graves y linajudas matriarcas y *petrucios*⁵⁶, raptos de novicias para desposarlas... nada hay que indique con certeza, por el momento, una militancia familiar activa en las guerras carlistas.

La vivienda familiar de los Peña era la casona urbana O Cuadrante. El origen de la adquisición familiar de este edificio está en la desamortización de Pascual Madoz que permitió al abuelo materno del escritor hacerse con ella en 1846 pues se trataba de una propiedad monacal. O Cuadrante no estaba situado muy lejos de la casa de Cantillo, vivienda paterna del escritor donde pasaron a vivir los padres recién casados de Valle-Inclán. Asentados en la pujante Villanueva de Arosa, los progenitores de don Ramón tuvieron numerosa descendencia aunque solo cuatro hijos sobrevivieron a los primeros años de vida⁵⁷.

El segundo supérstite del segundo matrimonio de Ramón del Valle-Inclán Bermúdez fue don Ramón del Valle-Inclán Peña. Bautizado como Ramón José Simón Valle Peña, nació a las seis de la mañana el 28 de octubre de 1866 en Villanueva de Arosa (Vilanova de Arousa)⁵⁸, localidad marinera de la comarca del Salnés bañada por las aguas de la ría de Arosa (Arousa) en la que, como en otros puntos del litoral galaico, se operaba una transformación de profundo calado en el mundo de la pesca que se remonta a la llegada, a partir del s. XVIII, de fomentadores catalanes que abrieron una docena de fábricas de salazón en el barrio de O Castro⁵⁹ y pasaron a erigirse en una élite en ascenso social que amenazaba con desplazar a la autóctona con la que finalmente pasaron a integrar la oligarquía del nuevo orden liberal en la que tampoco faltó la existencia de una cuidadosa política matrimonial homogámica entre estas familias en competencia por el liderazgo

Benito Montenegro (con él se perdería la propiedad de casa de *A Xunqueira*). Otro aspecto también abordado con frecuencia en las primeras obras del autor. Como ya sabemos, una de las hijas de Dolores Saco-Bolaño, Josefa Montenegro Saco-Bolaño, además de recibir una parte del mayorazgo se casó con Francisco Peña, experto en materia patrimonial, siendo los padres de la madre de Valle. V. Francisco Xavier Charlín Pérez, «Una casa solariega desaparecida...», págs. 83 y siguientes.

⁵⁶ Patriarca.

⁵⁷ Para mayor información sobre los orígenes familiares de Ramón del Valle-Inclán v. Joaquín del Valle-Inclán, *Ramón del Valle-Inclán. Genial...*

⁵⁸ AHUS, legajo 1.501, Expediente n.º 14, Valle Peña, Ramón, Derecho, 1884-1889. Certificado bautismal de Ramón Valle Peña expedido por el cura párroco de San Cipriano de Cálago de Villanueva de Arosa p. j. de Cambados José Benito Rivas, 21 de agosto de 1885.

No está claro si el natalicio tuvo lugar en la paterna casa del Cantillo o en la próxima y de más prestancia casa del Cuadrante de su abuelo materno, siendo la última a la que la creencia familiar atribuye el lugar de nacimiento del escritor. Joaquín del Valle-Inclán, *Ramón del Valle-Inclán. Genial...*, pág. 23.

⁵⁹ Francisco X. Charlín Pérez y Gonzalo Allegue, *El mundo de Valle-Inclán...*, pág. 16.

social para engrandecer las fortunas y dar lustre a su estirpe algo que, por ejemplo, explica el entronque de los Peña y los Llauger.

Familias como los Goday o Llauger, oriundos de Canet de Mar⁶⁰, devolvieron el protagonismo a la riqueza generada por la explotación de los ricos recursos pesqueros revolucionando las artes de pesca, las técnicas de conserva y comercialización a la vez que asumían un compromiso con el ideario liberal progresista, motivado entre otras razones en la posibilidad de realizar el oneroso desestanco de la sal (aunque solventaban la cuestión con el contrabando, por ejemplo con Portugal)⁶¹, producto esencial para la conservación de la sardina en una primera fase.

A mediados del s. XIX la floreciente industria conservera continuaba su proceso de expansión incorporando novedosos sistemas de producción de sardina enlatada en aceite de oliva en las Rías Bajas. Una pujante actividad en la que sobresalían los Goday, descendientes de una familia de fomentadores catalanes que habían llegado a la Isla de Arosa (Illa de Arousa) un siglo atrás. Los Goday continuaron la tradición emprendedora de sus antepasados siendo pioneros en la introducción en el sector conservero del sistema Nantes en Galicia junto a la familia Curbera en su factoría de Chapela en la ría de Vigo⁶².

La llegada de estos adelantos acabaron por desplazar a las explotaciones que empleaban la técnica tradicional del salazón en una pugna en la que se gestó el liderazgo de las familias propietarias de la industria conservera llegando algunos de sus miembros a participar en la actividad política local en las filas del liberalismo. De esta manera, en la ría de Arosa, localidades como Villanueva, Vilaxoán, Carril... conformaron un microcosmos característico compuesto por villas marineras a las que desde mediados del siglo XVIII llegaban emprendedores dispuestos a disputar o compartir el liderazgo socioeconómico a las élites locatarias entre las que figuraban los ancestros de Valle-Inclán.

En este escenario cambiante, el declive de las élites locales se vio momentáneamente detenido por la adquisición de los bienes desamortizados con sus rentas del priorato de Cálago y

⁶⁰ Un análisis del impacto en la economía y sociedad salnesiana de los fomentadores catalanes se aborda en José María Leal Bóveda, «Fuentes para el estudio de la familia Llauger», *Cuadrante*, 33 (2016).

⁶¹ *Idem*, pág. 168-169.

⁶² La controversia abierta entre las dos familias para aclarar cuál fue la primera en producir sardina en conserva de aceite enlatada dio lugar, tiempo después, a un vivo debate, v. Xoán Carmona Badía, «En los orígenes de la industria conservera moderna», en Xoán Carmona Badía (dir.), *Las familias de la conserva. El sector de las conservas de pescados a través de sus sagas familiares*, Pontevedra, Diputación de Pontevedra y Fundación Clúster de Conservación de Productos del Mar, 2011, págs. 69 y siguientes.

los beneficios de las escribanías de la comarca⁶³ en la primera mitad del siglo XIX. No obstante, la industria ligada a la conserva devolvió a la burguesía fomentadora la prosperidad a la par que la crisis desatada entre 1873 y 1896 motivada por la fuerte competencia de los productos agrarios llegados de ultramar provocó que las élites rentistas vinculadas a la explotación de la tierra en régimen foral volvieran a sumirse en un proceso, esta vez irreversible, de decadencia.

Si tenemos en cuenta las líneas precedentes se habrá constatado que, hasta el momento, no contamos con información que vincule de manera inequívoca las raíces familiares de Valle-Inclán con el carlismo. No obstante, y a falta de la salida a la luz de información concluyente, sí contamos con indicios razonables sobre los vínculos que pudieron ligar en tempranas fechas al literato con el legitimismo y que merecen la pena ser tenidos en cuenta. Veamos alguno de ellos⁶⁴.

Carlos del Valle-Inclán Blanco afirmó que el carlismo de su progenitor tuvo como punto de partida las historias de los voluntarios de don Carlos que siendo rapaz escuchaba contar a criados y vecinos⁶⁵. José Caamaño Bournacell señala en concreto a una empleada doméstica de la familia conocida con el sobrenombre de A Pexeja (por dedicarse también a la venta de melocotones y albaricoques llamados en gallego *pesegos*)⁶⁶ a la que relaciona con algunos personajes valleinclanescos como Micaela la Galana o Micaela la Roja en otros textos⁶⁷ al servicio de su bisabuela materna Dolores Saco-Bolaño⁶⁸. Como ha apuntado Charlín Pérez, la bisa-

⁶³ Francisco X. Charlín Pérez y Gonzalo Allegue, *El mundo de Valle-Inclán...*, pág. 17.

⁶⁴ Dejamos al margen otros nexos familiares del escritor con el carlismo por la poca verosimilitud que presentan. Tal es el caso de la semblanza de Valle realizada por Jacques Chaumié en *Mercure de France* en la que se puede leer que Valle-Inclán tuvo un tío paterno que, siendo cadete en la Escuela Militar de Toledo, huyó con otros siete u ocho compañeros con armas y monturas al estallar la primera guerra carlista con los que recorrió media España exigiendo el pago de contribuciones en nombre de Carlos V. Más tarde, fue hecho prisionero y recluido en un castillo situado sobre un arrecife. Condenado a muerte, pudo huir horas antes de la ejecución y, después de muchas peripecias, se refugió en Portugal. Una historia con cierto paralelismo con la vivida por el abuelo Carlos Luis del Valle-Inclán Malvido, aunque este militase en el bando liberal. Jacques Chaumié, «Don Ramón del Valle-Inclán», *Mercure de France*, 402 (16-03-1914), pág. 234.

⁶⁵ Carlos del Valle-Inclán Blanco, «Fragmentos de una biografía inédita de don Ramón del Valle-Inclán, que prepara su hijo Carlos del Valle-Inclán Blanco», en Ramón del Valle-Inclán, *Gerifaltes de antaño*, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, (Colección Austral), págs. 7-8.

⁶⁶ José Caamaño Bournacell, *Por las rutas turísticas de Valle-Inclán*, Madrid, Gráficas Valencia, 1971, págs. 14-15.

⁶⁷ «En el silencio resuenan los pasos de una vieja que viene por el corredor. Es Micaela la Roja. Sirve desde niña en aquella casona hidalga, y conoció a los difuntos señores». Ramón del Valle-Inclán, *Aguila de blasón, Barcelona, Tipografía El Anuario de la Exportación*, 1907, pág. 20, Archivo Digital Valle-Inclán (1888-1936), en adelante ADVI, [en línea]. Disponible en <http://www.archivodigitalvalleinclan.es> [24-07-2019].

⁶⁸ La Galana «pasaba las horas hilando en el hueco de una ventana, y que sabía muchas historias de santos, de almas en pena, de duendes y de ladrones» que inspiraron los relatos de *Jardín umbrío*. v. Ramón del Valle-

buela de Valle falleció en 1848 y tenía una criada llamada Francisca de la Iglesia por lo que difícilmente el escritor, nacido dieciocho años después, coincidiría con ella y su criada, sin embargo, no se puede rechazar que el escritor hubiese conocido aún con vida a la sirvienta o tuviera referencias que le sirvieran de inspiración en los personajes de sus producciones literarias⁶⁹.

En todo caso, podría considerarse posible que a Pexeja pudiera inspirar a Valle-Inclán para recrear el personaje de una doncella de edad que trabajaba para la abuela o la madre del literato llamada Micaela la Galana, sobrenombre que Santiago Padín sugiere sea quizá derivado del apellido Galáns⁷⁰ que nos llevaría al labrador Ángel Galáns, exsargento de Voluntarios Realistas a las órdenes de Martínez Ponte Andrade que al estallar la primera guerra carlista aceptó la propuesta para incorporarse a la partida levantada por su antiguo oficial como voluntario de don Carlos colaborando activamente en la captación de hombres para la facción⁷¹.

Dejando a un lado su posible identificación con Micaela la Galana y el parentesco con Ángel Galáns, A Pexeja le habría contado al escritor sucesos de la primera guerra carlista

Inclán, *Jardín umbrío*, Madrid, Casa Editorial de Viuda de Rodríguez Serra, 1903, pág. II. ADVI, [en línea] Disponible en <http://www.archivodigitalvalleinclan.es> [24-07-2019].

⁶⁹ Francisco Xavier Charlín Pérez, «Una casa solariega desaparecida...», pág. 103.

⁷⁰ Santiago Padín Riveiro, «Aproximación al carlismo en O Salnés, durante la 1ª Guerra Carlista (1834-1840)», *Cuadrante. Revista cultural da «Asociación Amigos de Valle-Inclán»*, Vilanova da Arousa, Asociación Amigos de Valle-Inclán, n.º 5 (2002), págs. 46 y 47.

⁷¹ Una vez detenido, Ángel Galáns hizo una detallada declaración de su participación en la conspiración de Ponte Andrade para levantarse en armas en el Salnés en la que, entre otras cosas, confesó que se prestó a las invitaciones de D. José Martínez de Santa María de Paradela para que ingresase en la facción y buscase gente para la misma para lo que pasó en la noche del 26 de abril de 1835 por casa de Martínez Ponte Andrade encontrándose con el presbítero de San Juan de Leiro, Rosendo Abuñ; Andrés Rey Santos Buceta y Antonio Muíños de San Vicente de Nogueira, Francisco Poladura y Manuel Ozores el primero vecino y el segundo residente en San Julián de Romy, D. José Buceta conocido por el hijo del Santo de Briallos; presbítero D. Juan Ramon Magariños cura párroco de Santa María de Paradela, Juan de Chaves de oficio serrador, su cuñado Juan Canelas de la expresada parroquia de Leiro; Francisco de Portas de oficio herrero que lo es de Paradela y José Miguéns apodado el Zoqueiro de Paradela que todos ellos incluso el que declara componían el número de 14. Esa noche recibieron armas de fuego con dos piedra de chispa, dos paquetes de cartuchos embalados a la mayoría de voluntarios y al resto un paquete y medio. Además llevaban más munición en dos morrales. Partieron por Briallos hasta el monte del Acibal donde hicieron alto y esperaban reunirse con otra facción de Cotobade (se trataba de la partida de Gorostidi) que no vieron. Galáns dijo haber recibido cuarenta reales la noche del domingo que se incorporó. Archivo Histórico Universitario Santiago de Compostela, Fondo Castroviejo Blanco-Cicerón, Capitanía General de Galicia, (en adelante AHUS, FCBC, CCG). Procesos 1836, caixa 27, proceso n.º 215. Causa contra los curas párrocos D. Juan Manuel Rodríguez de San Cristóbal de Briallos, Don Pedro María Lourido de San Pedro de Lantaño y D. Francisco Javier Fuentes de Santa María del Curro, 1836, h. 7.

en la zona. En uno de ellos, ocurrido en 1835, se habría visto involucrada cuando era una joven de veintidós años: la ocultación del jefe de partida carlista José Martínez de Ponte Andrade⁷² en la parroquia de András de donde era natural la mujer. El topónimo András también está muy vinculado a don Ramón María pues aparece citado, entre otros textos, en *Las comedias bárbaras*. En András la familia Saco-Bolaño tenía tierras en foro junto a las del lugar de Corón en la parroquia de Caleiro y allí es donde está ubicado el pazo de Rúa Nova propiedad de los abuelos paternos del escritor, una de las fuentes de inspiración de las residencias palaciegas de los personajes hidalgos valleinclanescos. Quizás por mera coincidencia, quizás por lejano parentesco la abuela paterna Juana Bermúdez Torrado y Ponte Andrade comparte apellido con el afamado jefe carlista.

Por otra parte, tampoco se puede pasar por alto que durante la niñez del escritor se libró la tercera guerra carlista (1872-1876), como ya se ha señalado más arriba, de la que a buen seguro, al estar más próxima en el tiempo, alguna de las anécdotas y relatos transmitidos por criados y vecinos al escritor se basaban en los hechos desarrollados en esta nueva guerra.

⁷² José Martínez Ponte Andrade –excapitán y segundo comandante del Batallón de Realistas de Arosa y oriundo de Santa María de Paradela en el municipio de Meis– levantó una partida en la comarca del Salnés en el marco de la insurrección generalizada proyectada para Galicia en 1835 desde la corte de Carlos V en Navarra. Uno de los principales muñidores de la revuelta en Galicia, Francisco María Gorostidi coronel cardenal canónigo de la catedral de Santiago de Compostela, fue el responsable de impulsar los preparativos para que, además de las facciones existentes en las zonas próximas a Santiago, se alzasen en armas nuevas partidas, entre las que se encontraban la de Martínez Ponte Andrade, que convergerían sobre Santiago de Compostela donde los numerosos partidarios de don Carlos en la ciudad del Apóstol cooperarían desde el interior para tomar el control de la urbe.

Los planes de insurrección pronto fueron desbaratados por las fuerzas leales a Isabel II. En el Salnés los destacamentos de urbanos de Villagarca de Arosa, Vilaxoán, Cambados y Villanueva de Arosa –este último tenía como comandante a un miembro de la familia de industriales de salazón de origen catalán de los Goday, Juan Goday– detuvieron a Ponte Andrade y a su lugarteniente, el párroco de Santa María de Paradela Juan Ramón Magariños. Cuando encontraron en su vivienda al jefe Ponte Andrade este no dudó en abrir fuego con su carabina y trabuco contra los que pretendían prenderle. Fue inútil. José Martínez Ponte Andrade y su segundo Juan Ramón Magariños fueron procesados, sentenciados a muerte y ejecutados en Pontevedra en los primeros días de mayo de 1835. AHUS, FCBC, CGG. Procesos 1835, proceso n.º 169. Causa formada contra los curas párrocos D. José Albarellos de Santa Marina de Carracedo, D. Miguel Ares Cuervo de San Julián de Romy, D. Joaquín Fernández de S. Andrés de Cures, D. Miguel Muñón de San Juan de Leiro, D. Vicente Ramón Torrado de San Esteban de Tremoedo y el de S. Miguel de Deiro como sospechosos en relación con la facción del Valle de Salnés. Alfredo COMESAÑA PAZ, «Fastixio e morte dun portaestandarte do carlismo galego. O cóengo cardeal Francisco M.^a de Gorostidi», Cuadernos de Estudios Gallegos, 66, núm. 132 (2019), págs. 315-345. AHUS, FCBC, CGG. Procesos 1836, caixa 27, proceso n.º 215. Causa contra los curas párrocos D. Juan Manuel Rodríguez de San Cristóbal de Briallós, Don Pedro María Lourido de San Pedro de Lantaño y D. Francisco Javier Fuentes de Santa María del Curro, y contra año 1836, h. 7.

Aunque la tercera guerra carlista tuvo una mayor incidencia en los territorios vasco, navarro, aragonés, catalán y valenciano, también se dejó sentir en Galicia, en menor medida que la primera contienda, pero más de lo que se suele indicar en la historiografía del carlismo como lo muestra el hecho de que en enero de 1874 la Capitanía General de Galicia se vio obligada a declarar el estado de guerra y el gobierno de la I República suspendió las garantías constitucionales ante las numerosas partidas guerrilleras que salieron al campo.

La actividad guerrillera de los voluntarios de Carlos VII se desarrolló con más intensidad en puntos del este, centro y sur de la provincia de Lugo; el área meridional orensana a lo largo de la frontera portuguesa y en el entorno de la comarca de Santiago de Compostela. En la provincia de Pontevedra la actividad comparativamente fue menor, focalizada en el norte de la provincia y en las áreas lindantes con las provincias de Lugo y Orense donde operaban facciones de las provincias vecinas que no conocían de límites administrativos.

Por tanto, nada empuja para que Valle-Inclán durante los años de niñez tuviera conocimiento no solo de los hechos de armas o circunstancias aparejadas a la lejana guerra de los Siete Años sino también a lo acontecido en torno a la coetánea tercera guerra carlista donde actuaron varias partidas de voluntarios gallegos de Carlos VII (como las de los jefes Pedro Ramos, Andrade, Ostendi, Núñez Saavedra, Joaquín Redondo, Prol...⁷³) así como de otros frentes más lejanos donde la guerra se desarrollaba de manera convencional como sucedía en el frente vasco-navarro o catalán por lo que nada hay que objetar al aserto biográfico que dejó Carlos del Valle-Inclán Blanco sobre su padre: «aquellos cuentos de los criados de su casa, son la primera noticia que recibe de las guerras carlistas»⁷⁴. Este primer contacto hará germinar un interés y empatía del escritor por el carlismo que no dejará de crecer con el paso de los años.

Asimismo es obligado modular las tesis que propenden a destacar el marchamo liberal de la familia para fundamentar la irrelevancia de las simpatías iniciales de Valle con la causa de don Carlos. En el proceso que llevó su aproximación al carlismo del autor pesó mucho el poliédrico microcosmos que suponía criarse en el seno de una acomodada familia linajuda, pero que al mismo tiempo era un producto social de su tiempo y de su tierra, el Salnés, por lo que don Ramón constituye el epítome de un mundo en metamorfosis. Ya

⁷³ Para conocer el impacto de la Tercera Guerra Carlista en Galicia v. Xosé Ramón Barreiro Fernández, *El carlismo gallego*, Santiago de Compostela, Pico Sacro, 1976 y Alfredo Comesaña Paz, *Hijos del trueno...*

⁷⁴ Carlos del Valle-Inclán Blanco, «Fragmentos de una biografía...», págs. 8.

hemos visto que en su familia paterna hubo liberales como su abuelo Carlos Luis del Valle-Inclán Malvido o su progenitor de tendencia progresista Francisco Valle-Inclán Bermúdez que debía buena parte de su patrimonio a fuentes de ingresos tan representativas del Antiguo Régimen como las rentas que le proporcionaban los mayorazgos heredados de su familia de raigambre hidalga.

Por vía materna, los Montenegro y Saco-Bolaño encarnan otro modelo de adaptación de la nobleza territorial gallega vinculara, aunque bajo una horma conservadora, para salvaguardar su posición ante los cambios que experimenta la sociedad decimonónica. El abuelo materno Francisco Peña pertenecía a esa «burguesía de la pluma» compuesta por escribanos, hombres de leyes y burócratas que se sumó a las filas del liberalismo moderado y, al igual que su hermano exclaustrado Joaquín —ejemplo de los nexos de los miembros de la hidalguía con el estamento religioso—, apostaron por adaptarse a los cambios en salvaguarda de su posición buscando ampliar sus patrimonios para lo que no dudaron en aprovechar la oportunidad que suponía la compra de bienes eclesiásticos desamortizados como era el caso de tierras aforadas o edificios o, siendo Francisco Peña miembro de la Unión Liberal, tampoco dudó en posicionarse durante el Congreso Agrícola de Santiago de Compostela en 1864 junto a otros hidalgos y burgueses en la defensa de los foros consiguiendo desbaratar el proyecto de redención foral de su paisano progresista Justo Pelayo y posponer su debate hasta la Primera República⁷⁵. ¿Supone un hecho inconcebible como apuntan algunos autores⁷⁶ tener simpatías carlistas y pertenecer a una familia enriquecida con la compra de bienes desamortizados? En principio así pudiera parecerlo, pero tampoco fue algo excepcional; para ello no hay más que leer la posición pública de Carlos VII ante esta cuestión⁷⁷.

Por lo dicho, aún pudiendo parecer lo contrario a los ojos de nuestro tiempo, nada hay que obste para que la matriz del tradicionalismo de Valle se nutriese de los valores asociados a la heteróclita aristocracia regnícola antiguorregimental galaica compuesta por una hidalguía y una nobleza titulada de pazo o casa solariega de la que el escritor fue testigo del ocaso en

⁷⁵ María Jesús Baz Vicente, «Las élites agrarias en la Galicia liberal...», pág. 69.

⁷⁶ Por ejemplo, v. Manuel Alberca, *La espada...*, pág. 40.

⁷⁷ «No daré un paso más adelante ni más atrás que la Iglesia de Jesucristo. Por eso no molestaré a los compradores de sus bienes; y poco ha he demostrado, de una manera inequívoca, la sinceridad de esta declaración». Carlos VII, Cuartel Real de Morentín, 16 de julio de 1874, «Manifiesto de Morentín» en Alfonso Bullón de Mendoza, *Las Guerras Carlistas en sus documentos*, Barcelona, Ariel, 1998, págs. 131 y 132.

su tramo final que ha dejado plasmada en su obra, a la evocación de un mundo en transformación, «al cambio de una sociedad de castas (los hidalgos que conocí de rapaz), y lo que yo vi no lo verá nadie. Soy el historiador de un mundo que acabó conmigo. Ya nadie volverá a ver vinculeros y mayorazgos»⁷⁸. Una percepción que encontramos en otras grandes figuras galaicas de la literatura de esta época, entre las que podemos mencionar a doña Emilia de Pardo Bazán también vinculada al carlismo⁷⁹ y también con ascendientes beneficiados por la adquisición de propiedades desamortizadas⁸⁰.

El ambiente decadente de los pazos y casonas blasonadas que anunciaba el fin de «aquel hermoso tiempo de los mayorazgos cuando se hacía información de nobleza para ser militar»⁸¹ contrapone la visión de unos señores rurales representantes de las cualidades de su clase —piedad, sed de justicia, solidaridad... pero también violencia, libertinaje...— que son un trasunto de don Juan Manuel Montenegro, que ve cómo su progenie acaba con el mayorazgo y bastardea la naturaleza de su clase con la excepción de Cara de Plata —no por casualidad es el hijo que se va a hacer la guerra por don Carlos— o de carácter refinado e instruido como el marqués de Bradomín, más interesados en que sus vástagos tuvieran estudios superiores para que encontrasen posterior acomodo entre la clase social rectora, atesorando volúmenes en sus bibliotecas, receptivos a las novedades técnicas y artísticas en este último caso visible en la concepción del pazo como

⁷⁸ «Carta de Valle-Inclán en: Apuntes de crítica literaria. La comedia bárbara de Valle-Inclán», por Cipriano de Rivas Cherif, *España*, 409 (16-02-1924) en Ramón María del Valle-Inclán, *Entrevistas, Conferencias...*, pág. 253.

⁷⁹ Al punto que, en opinión de Isabel Burdiel, «la experiencia carlista tuvo una repercusión duradera en su trayectoria». Isabel BURDIEL, *Emilia Pardo Bazán*, Madrid, Taurus, 2019, pág. 76. Cuando en 1838 Pardo Bazán visitó a Carlos VII en el palacio de Loredán escribió en el álbum de visitas: «Si yo no tuviera hace años la triste convicción de que ha palidecido el sol de la gloria hispana y su fortuna ha desplegado las alas para ir a posarse en otras regiones del mundo, hoy lo creería viendo al Rey que el destierro nos niega y que honraría la estirpe de Borbón más que el animoso Felipe V y el justo Fernando VI». Conde de Melgar, *Veinte años con don Carlos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1940, pág. III. La propia doña Emilia dejó en una de sus obras una impresión similar sobre Carlos VII: «Si algún hombre nació para rey es D. Carlos, y los que le hemos visto pasar podremos decir dentro de algunos años que hemos visto la encarnación viviente de uno de los conceptos fundamentales políticos en la raza ibera»: *la Monarquía*. Emilia Pardo Bazán, «Mi Romería», *Obras Completas*, vol. 34, Madrid, De Bello Luce, 1888, pág. 185.

⁸⁰ Así por ejemplo, Joaquina Mosquera, abuela de la escritora, adquirió al Estado rentas desamortizadas al monasterio de Sobrado dos Monxes en el municipio de Aranga y su padre, José Pardo Bazán, hizo lo mismo con las rentas del Priorato de San Martín de Ozón dependiente del monasterio de San Martín Pinario, v. Grupo de investigación La Tribuna, «La riqueza de Emilia Pardo Bazán. Una aproximación a su estudio», *La Tribuna. Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, Casa-Museo Emilio Pardo Bazán y Fundación Caixagalicia, n.º 7 (2009), pág. 45

⁸¹ Ramón del Valle-Inclán, «El Miedo», *Los Lunes de El Imparcial*, 12501 (27-01-1902), pág. 4.

punto entre campo y la ciudad donde llegaban innovaciones de variada naturaleza. No olvidemos que el papel de los hoy llamados pazos constituía no una «isla de civilidad» sino más bien un «foco de civilidad» que en sus tiempos de auge irradiaban al área rural circundante innovaciones agrarias (cultivos, técnicas, artilugios...) así como novedades en el vestir, muebles, música, etc.⁸². Y precisamente esa dualidad es con la que debemos identificar al tradicionalismo valleincliniano, lo antiguo pero también lo ilustrado, lo moderno pero también lo irracional.

Todo ello sin olvidar otro gran vector del tradicionalismo de Valle. De consuno a su identificación con la hidalguía blasonada rentista paciega y en íntima relación con esta, se encuentra el telurismo, vínculo umbilical con la tierra y el mar de Galicia, que en Valle emerge con una arcana identificación con las relaciones entre los hombres; entre la tierra y el hombre y entre Dios y el hombre. La metamorfosis en lo económico, social e ideológico que representaba el alba de un nuevo orden y el poniente de otro jalonado por conflictos queda plasmada en la suerte final que el destino deparó a Martínez Ponte Andrade. El hidalgo jefe guerrillero carlista fusilado tuvo como enemigo predecible al comandante de la Compañía de Urbanos de Villanueva de Arosa, el fomentador catalán liberal Juan Goday, pero también a uno de tantos de su clase que optaron por inclinarse por la causa liberal como fue Vicente María Zárate y Murga, V marqués de Montesacro, alcalde mayor y comandante de los Urbanos de Cambados.

⁸² Pegerto Saavedra Fernández, «La vida en los pazos gallegos: entre la civilidad y la rudeza», *Chronica Nova*, 35 (2009), pág. 189.



Wiedner, *Sucesos*, Valparaíso, 1910.